

ELLA SE MERECE CUALQUIER SACRIFICIO

Antonietta

MARTINA BENNET

D.J.57



Antonietta

ELLA SE MERECE CUALQUIER SACRIFICIO

MARTINA BENNET



Título: ANTONIETA

© 2012 Martina Bennet. La autora publicó previamente una versión de esta obra, por entregas online, con personajes diferentes, y bajo el título *Mi Bella Súcubo*.

Código de Safe Creative: 1209162346929

© 2017 Martina Bennet

Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-1978311411

ISBN-10: 1978311419

Edición: Marta Salazar

Diseño de Portada: China Yanly

Maquetación: China Yanly

chinayanlydesign@gmail.com

Banco de imágenes: Shutterstock

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Queda prohibida, sin el consentimiento por escrito de la autora, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, ya sea físico o informático, así como la distribución de ejemplares de la misma para préstamo público o venta.

DEL DIARIO DE DAVID MARTÍNEZ
Y ALEJANDRO CASTELLANOS
DEL DIARIO DE MARTA SALAZAR
AGRADECIMIENTOS
EXTRAS

*A Marta Salazar, quien me enseñó tanto, que ahora le provocho dolores de cabeza. Te quiero mucho.
Gracias por aguantarme.*



DEL DIARIO DE DAVID MARTÍNEZ Y ALEJANDRO CASTELLANOS

Nunca imaginé que llegaría a escribir en un diario, y ahora que lo hago, pienso en todas las cosas que mi memoria perdió a través de los años. Lastimosamente, puede que esta sea la única vez que lo haga, porque estoy a punto de entregar mi vida para salvar a alguien que apenas conozco, pero por la que estoy dispuesto a llegar hasta el final. Ella se merece cualquier sacrificio.

Mi nombre es David Martínez, y el día en que la conocí, fue uno de los peores de mi vida.

Los ojos me pesaban más con cada palabra que el profesor Romero pronunciaba —ante su muy aburrida audiencia—, mientras el reloj parecía retroceder dos segundos, por cada tres que avanzaba. Era sábado por la mañana, y la única persona que prestaba atención a algo, o mejor dicho, a alguien, era Sonia, que no hacía otra cosa que mirarme como siempre que coincidíamos en una clase.

«¿Acaso no ha entendido que no pienso salir con ella?».

Había sido la novia de mi mejor amigo por... ¿un mes?, ¿una semana? No lo recordaba muy bien, y en todo ese tiempo no hizo otra cosa que coquetear conmigo. De cualquier forma, no sería conmigo con quien ella conseguiría lo que buscaba.

Mi cabeza cayó de mi mano, y estuve a punto de estampar la frente contra el escritorio. La sacudí para espabilarme, y miré el reloj en la pared; faltaban solo cinco minutos para terminar la clase, y así, poder ir a tomar alguna bebida energética, y dirigirme a sustentar, por fin, mi proyecto final de Política Exterior.

Me encaminé al baño a refrescarme la cara, para quitar los últimos resquicios de sueño que aún mantenía luego de la bebida, y me dirigí al bloque V. La rabia que había sentido el día anterior, todavía martillaba en mi cabeza, y me dije que luego me las cobraría. Por el momento, tenía que concentrarme en la próxima clase, y esperar a que el tiempo me alcanzara. Tres horas después, tenía algo que celebrar y algo por lo que enfurecerme aún más: saqué la máxima calificación en la sustentación de mi trabajo final... y se me pasó la hora para tomar el último tren a Nuevo Jardín. «¡Maldición!», pensé al revisar la hora en el celular; incluso creo que lo grité, porque muchos de los estudiantes que pasaron a mi lado, me

miraron como si estuviera loco. No lo sé y no importa. El asunto era que tendría que llamar a Fabián, y preguntarle cómo podía llegar a donde ellos se encontraban, y por cuál medio.

—Maldición, maldición... ¡Maldición! —grité, luego de hablar con él.

Todavía no podía creer que se habían ido, y me habían dejado tirado así nada más. Eran todos unos malditos. ¡Pero claro! Como ellos no tenían que presentar un trabajo final y sustentarlo el sábado, les valió mierda que tuviera que quedarme un día más. ¿Qué les costaba esperar? ¡Nada! Absolutamente nada. ¡Oh! Miento, a mi gran amigo Fabián, le costaba una noche más sin tirar con Catalina, y eso se podía catalogar como un pecado mortal en definitiva. Él era quien más había insistido en partir el viernes, y aunque les dije que me era imposible por la universidad, y que no podría ir en mi auto, porque se encontraba en reparación por una gran avería, se largaron sin más. Si tan solo el viejo marica de Smith no se hubiese enfermado, y aplazado el día de las entregas, estaría en una cómoda cabaña, comiendo algo sabroso; o embriagándome con los demás, junto al río que bordea la propiedad de los Ruiz. No. Me encontraba en una estación de autobuses, con la mochila al hombro, sin haber siquiera tenido tiempo de almorzar; y con mucha gente revoloteando a mi alrededor, mientras buscan el autobús que les corresponde.

Ni siquiera era una terminal de transporte normal; era una plaza de mercado callejero, con una esquina donde paraban buses, muchos de ellos tan viejos como quienes los conducían; y en lugar de una pantalla con horarios de salida, había muchachitos gritando el nombre de cada destino, y corriendo de un lado a otro buscando pasajeros para llenar el vehículo, y así poder partir. No sabía en qué momento me había embarcado en la máquina del tiempo, el asunto era que ahí estaba yo, al menos medio siglo atrás.

—¡Caldas! ¡Caldas! —gritó un chico de unos catorce años, y me acerqué a él.

—Voy a Nuevo Jardín. Me dijeron que debía tomar un autobús a Caldas, y luego otro a mi destino.

—Así es, señor. Venga, estamos casi llenos. Dos pasajeros más y salimos.

Respiré aliviado, al darme cuenta de que el autobús era uno de los que se encontraba en mejor estado. Me senté al lado de un hombre que vestía ropa de trabajo algo maltrecha, y miraba por la ventana, indiferente. Un par de minutos después, emprendimos la marcha; luego de una hora, llegamos a otra estación muy parecida a la anterior, solo que con más ventas ambulantes. Desembarcamos y subimos a otro que, pensé, se desarmaría bajo mi peso; increíblemente, luego de veinte pasajeros más, un conductor pasado de peso y el chico ayudante, se mantuvo en pie. Oía a todo menos a algo bueno.

Quería matar a Fabián, lo deseaba fervientemente.

Cuatro horas después, cuando pensaba que el día no podía ser peor, un poder supremo se burló de mí, en mi propia cara.

—¡Es imposible! —exclamó el chofer del autobús—. El derrumbe es muy grande, y tardarán al menos un par de días en quitarlo. Tendremos que desviar y tomar el camino de Purabá.

—¿Purabá? Esa ruta es muy larga. Caerá la noche antes de que podamos siquiera llegar allá —alegó una señora que viajaba con, la que parecía ser, su hija de cinco años.

—No hay otra opción, señora. Las autoridades ya están llegando y me indicaron que regresara, no hay forma de pasar. Si regresamos a Caldas, perderemos mucho tiempo, y estoy seguro de que no encontraremos posada; así que volver no es buena idea. —Se escuchó un murmullo de inconformidad por parte de los pasajeros. Me encontraba realmente cabreado, todo me estaba saliendo mal, definitivamente no era mi día—. Señoras, señores, por favor, es necesario que suban de nuevo al autobús, yo tampoco quiero tener que manejar a oscuras por esas carreteras. Pasaremos la noche en Purabá y partiremos temprano.

—¡Maldita sea! —exclamé sin poder evitarlo. Tendría que pasar la noche en quien sabe qué hotel de mala muerte. Solo esperaba que en la casa de Catalina, la comida se quemara, el río se secara, y todo el alcohol se derramara. Sí, definitivamente eso compensaría un poco todo esto.

—Tranquilo, hijo. —Un hombre de unos sesenta años de edad se acercó al escucharme maldecir—. Al menos tú eres el más joven de todos, a diferencia de esa chiquilla —dijo, señalando a la niña que ya subía al autobús, tomada de la mano de su madre.

Eso no era ningún consuelo para mí, lo que sí tenía que aceptar, era que esto resultaba muy difícil para todos, en especial para el conductor, quien era el que más cabreado se veía, a pesar de que trataba de ser amable.

Subimos al autobús y, minutos después, ya nos encontrábamos rumbo al poblado que habían nombrado. La hora en el celular marcaba las ocho y diez de la noche; y según nos había indicado el ayudante del conductor, minutos atrás, estaríamos llegando en un par de horas. Suspiré y recosté la cabeza en el espaldar de la silla. ¿Qué más podía hacer? Ni siquiera era posible distraerme mirando el paisaje, pues todo estaba tan oscuro, que la única luz que alumbraba, era la del vehículo en el que nos transportábamos, que no alcanzaba más allá de unos cuantos metros; ni siquiera la luna era notoria. Todo estaba oscuro. Cerré los ojos por un instante y, sin saber bien en qué momento sucedió, me quedé dormido.

El movimiento del hombre a mi lado, y el murmullo de las demás personas recogiendo sus cosas, me despertaron.

—¿Ya llegamos? —pregunté al hombre de unos cuarenta años que estaba junto a mí.

—Así es, el conductor dice que si queremos podemos dejar el equipaje pesado en el baúl, para no tener que cargar con él.

—No tengo problema con eso, solo traigo mi mochila —le comenté. Asintió y se encaminó a la salida.

La idea que teníamos, mis amigos y yo, era quedarnos tres semanas en la cabaña para practicar senderismo, bañarnos en el río, montar a caballo, y ayudar con la preparación para el matrimonio de la hermana de Catalina, que sería en un par de semanas. A pesar de todo, no llevaba maleta, pues en un pequeño acto de caridad para conmigo, y sabiendo que no podría viajar en mi auto, los chicos se llevaron mi equipaje, por lo que solo viajaba con un morral en el que llevaba mis documentos, cosas de aseo y un

cambio de ropa. No lo había visto necesario, porque el viaje debía durar solo unas cinco horas; pero Alicia, una de las amigas de Catalina, había insistido en que llevara esto conmigo.

«—Nunca se sabe qué puede pasar», había dicho, como si fuera adivina. Si creyera en esas cosas, diría que me había echado mala vibra.

—Bueno, como ya saben, este es un pueblo muy pequeño, así que hablé con algunas personas y me comentaron que existe una única posada —explicó el conductor, cuando ya todos estábamos abajo—. Aunque la mayoría de las habitaciones están desocupadas, no todos podrán alojarse allí. —Un murmullo de protestas y expresiones de incertidumbre se escuchó—. ¡Calma! ¡Calma! Déjenme terminar. Algunas casas grandes tienen habitaciones disponibles en las que se pueden quedar el resto. Por favor, síganme y vamos organizándonos.

Eso era lo único que faltaba, que tuviéramos que pedir alojamiento en alguna vivienda familiar. Algo era seguro, los iba a matar a todos cuando llegara a la casa de campo de los Ruiz. El primero de la lista sería Fabián.

Nos dirigimos a una edificación de tres pisos, que aunque con buena presencia, se notaba que había conocido tiempos mejores. La madera de las ventanas repartidas por toda la fachada, se notaba envejecida por la humedad del clima; la pintura azul de la pared necesitaba una repasada, y aunque el jardín exterior se veía cuidado, no tenía un límite definido. La esposa del posadero nos recibió. Era una mujer de baja estatura, regordeta y rubia, con voz amable; y una niña de unos tres años aferrada a su falda, que nos miraba a todos con curiosidad, al tiempo que se chupaba un dedo, frenéticamente. Nos indicó que la llamáramos señora Alfaro, repitió lo mismo que el conductor había dicho, y agregó que por comodidad, las personas mayores y las mujeres se quedarían en la posada.

«¿Es broma?», pensé. Yo era el más joven de todos, ¿acaso pensaban dejarme en cualquier casa maltrecha, con quien sabe qué gente?

—Por favor, los que señalé pasen para que Samuel los organice. —Como era obvio, no fui incluido en ese grupo. Las demás personas, al parecer, ya estaban más resignadas, porque nadie se quejó abiertamente. Entendía a la perfección las razones, aun así, en esos momentos deseé tener cuarenta años más—. Los demás acompañenme, les prometo que estarán cómodos. Vamos, síganme.

Recorrimos varias casas, en las que lograron acomodarse los demás pasajeros, y me preocupaba que terminara durmiendo en la banca de uno de los porches.

—¿Cuántos años tienes, muchacho? —preguntó el dueño de la última vivienda.

—Veintiuno, señor —respondí—. ¿Me va a dejar dormir en su casa?, o ¿hay otra que tenga una habitación disponible? Estoy cansado y quiero recostarme.

El señor se retiró un momento para hablar con la esposa del posadero, y otros dos hombres más. Me miraban constantemente y comentaban algo, y lo que haya sido, a la mujer no le gustaba la idea, porque negaba y alegaba.

«Qué personas más raras», pensé. Es que acaso tenía cara de asesino, ladrón ¿o qué? Era algo

realmente molesto.

Cuando por fin dejaron de decidir mi destino para esa noche, como si se tratara de un asunto altamente misterioso, se acercaron. El dueño de la casa fue el que habló.

—Muchacho, tenemos un problema, ya no hay más lugares para acomodar.

—Pero ¿qué se supone que haga ahora? ¿Dormir en la acera?

—Claro que no, hijo. —Esa era la señora Alfaro, que me miró con ojos de compasión, cosa que me preocupó—. Mira, hay una pequeña cabaña aquí cerca, en el comienzo del bosque. —No sé qué expresión vio la mujer en mi rostro, porque enseguida se apresuró a continuar—: Es buena, en serio. No está habitada, aunque sí bien conservada, y así tendrás privacidad. Anda, muchacho, ven, sígueme. Te prometo que pasarás una buena noche.

Con la rabia quemándome hasta la mierda, caminé junto a la señora, que no se había equivocado al decir que la maldita cabaña estaba en el comienzo del bosque, desde donde casi no se podían ver las casas del pueblo.

La señora sacó una llave de uno de los bolsillos de su delantal, y abrió la puerta de la cabaña que, como también afirmó ella, era rústica aunque bien conservada.

Cuando entré, me alivié un poco más. A pesar de que el lugar no era grande, estaba limpio y organizado.

El mobiliario consistía en una cama sencilla en un extremo junto a la pared, una mesa que hacía las veces de escritorio con una silla junto a él, y una angosta puerta, que según me indicó, era el baño. Solo tenía una ventana que daba justo frente a la cama, con cortinas de un estampado verde en fondo blanco.

—Hijo, cuídate mucho, cierra bien la puerta y la ventana. Por nada del mundo, veas lo que veas, u oigas lo que oigas, salgas hasta que amanezca.

La mujer se notaba claramente preocupada, cosa que me alarmó. ¿Acaso sabían de algún asesino en serie que acechaba los alrededores? Porque si era así, prefería dormir en el suelo de la cocina de la posada.

—Señora, me está asustando. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué me dice eso?

—Este bosque está lleno de espíritus y demonios que acechan en la noche. Te roban el alma poco a poco... —explicó en voz baja, y mirando hacia todos lados con expresión de pánico, como si lo que dijo nunca debió haber salido de sus labios.

—Eh... Esos demonios, ¿están vivos? —pregunté.

—Claro que no, muchacho. Son espíritus que vienen del más allá, para atormentar a las almas buenas como la tuya.

Suspiré aliviado.

—Yo no creo en esas cosas. No son más que historias que pasan de generación en generación...

—No importa si no crees —interrumpió—. Sigue mi consejo: cierra todo bien y no salgas en la

noche. Hazme caso, hijo, por favor.

Su ruego y claro deseo de protegerme, me hizo sonreír; me recordó a mi madre, que siempre me llamaba para saber cómo estaba. Era raro que no lo hubiera hecho ya.

—No se preocupe, señora Alfaro. Haré lo que me dice, si con eso queda más tranquila. —La mujer asintió, y dándome la bendición, se marchó.

Apenas cerré la puerta sonó el celular. Ya sabía quién era.

—Hola, mamá.

—¡David, por Dios! ¿Dónde estás? Acabo de llamar a Fabián, porque tu teléfono parecía no tener señal, y me dijo que aún no has llegado. ¿Te pasó algo? ¿Estás bien?

—Mamá, tranquilízate, estoy bien. Hubo un derrumbe en la carretera y... Sí, sí, estoy bien. El conductor tuvo que tomar otra ruta, nos cayó la noche y ahora estamos en un pueblo donde nos dieron alojamiento.

—Ves, ¡por eso no quería que te fueras solo! Ya regañé a Fabián por haberse ido sin ti.

—En serio, no pasa nada, solo será una noche. Mañana temprano partimos, y a más tardar al mediodía habremos llegado. Todo estará bien. Hasta la esposa del posadero me dio la bendición antes de retirarse —narré con una sonrisa.

—Bueno, ya con eso quedo más tranquila. Mi cielo, cuídate mucho. Apenas llegues a la casa de Catalina, me llamas.

—Está bien, y me alegro que hayas regañado a Fabián. Es malo, mami. Me dejó tirado —dije lo último con voz de niño poniendo quejas.

Aunque Fabián no era mi hermano de sangre, sí lo era en otros aspectos, y como teníamos la costumbre de rotarnos las casas para pasar las vacaciones, o los fines de semana largos, todas nuestras madres se creían con derecho de regañar al otro, como era el caso.

—Sí, mi bebé, no te preocupes que ahora mismo lo voy a llamar de nuevo, y a Carlos también lo voy a regañar, porque estoy segura de que él tampoco quiso esperar. —Cortó la llamada.

—¡Jódete, Fabián Gonzáles! —Solté una carcajada, porque la que le esperaba era grande.

Apagué el teléfono, pues sabía que Fabián me llamaría, y cerré la ventana como la señora me había pedido; no obstante, al poco rato tuve que abrirla. El calor era insoportable, y al menos así, entraba el fresco de la noche. Si algún demonio o espíritu le daba por entrar, estaba seguro de que saldría enseguida, porque el clima afuera era mucho mejor. Reí ante ese pensamiento, y me desvestí para acostarme. No solía dormir desnudo, sin embargo, la temperatura del lugar lo ameritaba; además, al estar algo retirado del pueblo, y con las historias que rondaban, estaba seguro de que nadie se presentaría a husmear. Usé el baño, que también estaba en buen estado, y sin demora me tumbé en la cama; el día por fin me daba un respiro, y notando lo agotado que me encontraba, me quedé dormido casi enseguida.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me dormí, hasta que un sonido afuera me despertó. Miré el reloj, que lo había puesto junto a la cama, y este marcaba las doce en punto de la noche.

Pensé que quizás podía ser algún animal, por lo que me recosté de nuevo. No pasaron ni cinco segundos antes de volver a escuchar el sonido. Parecía ser pisadas muy suaves rondando la cabaña, un suave crujir de hojarasca, como si se tratara de una mujer o un niño descalzo.

Recordé lo que la señora Alfaro me había contado, y lo deseché al momento. Se suponía que los espíritus no hacían ruido al caminar, porque flotaban; eso era lo que tenía entendido. Me levanté de la cama, no con temor, sino con precaución, y me asomé a la ventana; no había nadie, nada se movía ahí afuera aparte del viento. Cuando me disponía a abrir la puerta para dar una vuelta a la cabaña, un ruido en la ventana me hizo girar rápidamente; únicamente divisé los árboles más cercanos, alumbrados por la tenue luz de la luna.

Temiendo que se pudiese tratar de un animal, preferí no salir a revisar. Di un último vistazo por la ventana, sin lograr deducir de dónde habían llegado los ruidos, y restándole importancia, decidí acostarme de nuevo.

Estaba a punto de conciliar el sueño, cuando escuché una vez más las pisadas. Me quedé muy quieto, tratando de adivinar su procedencia. Lo que fuera, caminaba alrededor de la cabaña; y por la secuencia del sonido, solo podía tratarse de algo que lo hacía en dos patas. Me levanté lo más sigilosamente posible, y me coloqué junto al marco de la ventana. Sabía que quien fuera, aparecería desde el lado derecho en cualquier momento, y pretendía sorprenderlo. Cuando sentí los pasos justo del otro lado de la pared, me apoyé en el marco y me impulsé para dejar medio cuerpo fuera.

—¿Quién mierda está jodi...?! —Las palabras quedaron atascadas en mi garganta, por la visión que se mostraba ante mí.

Una chica de unos diecisiete años, con el cabello rojo intenso —tan largo que al tenerlo hacia adelante sobre sus hombros, le llegaba a la cintura—, piel blanca y pálida en extremo, y una expresión tímida en su hermoso rostro, como si estuviera asustada. Aun así, lo que más llamó mi atención, lo que hizo que me quedara mudo, que mi cuerpo se tensara, y los vellos de mi piel se erizaran, fue que estaba totalmente desnuda.

Sus pechos quedaban ocultos por su cabello, mientras que su intimidad, sin nada de vello en ella, se mostraba sutilmente ante mí, como una fruta jugosa y a la vez prohibida, custodiada por dos hermosas y blancas columnas que eran sus piernas. Toda ella era hermosa, y me sorprendió que tanta belleza pudiera estar junta en una sola persona, en un solo ser, y más aún, en un lugar tan apartado de todo.

La miré de arriba abajo sin poder creer lo que veía, cautivado por completo con su visión. Pude sentir cómo mi miembro se endurecía, a medida que mi vista la recorría, y se recreaba en cada centímetro de su nívea piel. Ella continuaba mirándome, con más curiosidad que con el temor anterior. «¿Por qué está desnuda? Acaso, ¿alguien abusó de ella?».

Encontrando por fin mi voz, y sacándola a la fuerza desde donde esta chica la había atascado, pregunté:

—¿Estás bien? ¿Alguien te... tocó? —indagué con cuidado, buscando no lastimarla por si

acertaba en mi suposición.

Ella negó suavemente con la cabeza y dio unos pasos hacia mí. Di gracias a todo lo sagrado porque el espacio de la ventana cubría la parte inferior de mi cuerpo; no quería que ella viera mi palpitante erección y se asustara. Temía que huyera y se perdiera en el bosque, o que alguien la encontrara en ese estado.

—Dame un momento para vestirme y buscar algo de ropa para ti. Te llevaré al pueblo.

Ella volvió a negar con la cabeza, y caminando delicadamente, tal como lo había hecho momentos antes, acortó la distancia entre nosotros, y colocó uno de sus dedos sobre mis labios. Empinándose un poco, acercó su rostro al mío y susurró en mi oído:

—Solo déjame entrar, tengo frío.

Si su delicioso olor logró endurecerme aún más, el sonido de su voz casi consiguió que me corriera en ese mismo instante. Era tan sexual y sensual, que parecía no ser de este mundo. La señora Alfaro me había advertido varias veces sobre espíritus y demonios, y si esta chica era uno de ellos, debía admitir que estaba condenado, porque sin pensarlo, sabía que le entregaría todo lo que me pidiera.

Asintiendo con rapidez, corrí hacia la puerta y la abrí sin demora. Me extrañó que ya ella se encontrara allí, porque no la escuché caminar y mucho menos correr; además, sabía que mis zancadas eran mucho más largas.

«Estoy tan nervioso que imagino cosas», pensé, y no le di más importancia a ese hecho.

—¿Puedo entrar? —preguntó con una tímida sonrisa en los labios.

—Claro, claro. Entra, por favor. Pasa. —Faltó muy poco para que tartamudeara.

No era un novato en cuanto a mujeres se refería, solo que esta chica me tenía en un estado de nervios tal, que esperaba que en cualquier momento me pusiera a llorar como un imbécil. Cuando ella siguió y me miró de arriba abajo, como hacía unos momentos yo hice con ella, caí en cuenta de que estaba desnudo, y con una erección tan potente que me resultaba dolorosa. Me apresuré a taparme con una mano, y miré frenéticamente hacia todos lados, buscando los pantalones.

—Lo siento, yo... Eh... Estaba dormido... El desnudo... Por el calor —hablaba puras incoherencias.

Cuando por fin divisé mis bóxers, e intenté acercarme para tomarlos, ella se interpuso en mi camino, y colocó una de sus delicadas manos sobre mi pecho.

—Déjalo —pidió.

Esa palabra sonó más como un jadeo. Me vi obligado a cerrar los ojos, para abrirlos enseguida cuando sentí unos besos húmedos recorrer mi pecho. Esa chica lamía y besaba mi piel sin contemplación. Su lengua delineó uno de mis pectorales y fue a posarse sobre el pezón, rodeándolo una y otra vez, hasta saciarse y ocuparse del otro. Mi respiración era agitada. Mi tórax subía y bajaba, acercándome más a ella, a su boca; esa misma que ya anhelaba tener en otra parte de mi cuerpo.

Estaba a punto de perder el control. No sabía cuánto más me podría resistir para no tomarla como

deseaba. Haciendo uso del último atisbo de caballerosidad que aún poseía —debido al placer que su húmeda lengua me prodigaba—, logré que las palabras reemplazaran a los gemidos que de mi boca salían.

—Por favor —rogué—. No quiero hacerte... daño, no sé si... pueda controlarme.

—No es preciso que lo hagas —gimió contra mi piel.

Su aliento, fresco por la noche, me golpeó, y sentí cómo todo mi cuerpo vibró con esas únicas palabras.

Ya no aguantaba más. Sus caricias eran una tortura que estaría dispuesto a padecer toda la noche, si no sintiera la imperiosa necesidad de enterrarme en ella cuanto antes. Esa mujer con rostro de ángel y cuerpo de demonio, era capaz de hacer que todo mi razonamiento se fuera a la mierda.

Separándola un poco de mí, le retiré el cabello que caía sobre sus hombros, y dos preciosos pechos quedaron expuestos ante mí. Unos pezones rosados, erguidos en su totalidad, me llamaban para que los lamiera y succionara, así como ella había hecho con los míos. Me relamí de puro placer y ganas. Sin esperar más, intenté agacharme para darle a mi boca lo que deseaba. Estaba a punto de tocarla con mi lengua cuando ella se me adelantó y, arrodillándose frente a mí, tomó mi miembro sin preámbulo y se lo metió en la boca.

La forma como su lengua formaba círculos alrededor de mi glande, y sus labios lo succionaban sin piedad, me tenía enloquecido. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, presa del más grande placer que había sentido en la vida. Si bien esa chica podía parecer muy joven, era obvio que su experiencia demostraba cientos y cientos de horas de práctica, y por algún motivo que desconocía, eso no me agradó.

En un momento, sentí la punta de mi miembro tocar su garganta. Ella, contrayéndola un poco, hizo que lanzara un gemido profundo y hambriento de necesidad. Mis caderas se movían al compás de sus lamidas; literalmente estaba embistiendo su boca, al tiempo que ella, con una mano, apretaba la base de mi pene, y con la otra, me masajeaba los testículos. Sus manos se movían con tal habilidad, que parecía tan ansiosa de que me derramara en su boca, como yo de hacerlo. Luego de un par de fuertes succiones, me corrí como un loco. Nunca una mujer había logrado que lo hiciera de esa forma, y mucho menos con solo usar su boca. Gemí, gruñí, y creo que hasta maldije por la fuerte sensación que me embargó, y que casi hace que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. De mi boca escapaban sonidos, reflejo de lo que mi cuerpo estaba sintiendo; mientras que en la suya entraba mi semen, recorría su garganta, y sentía cómo tragaba a medida que yo lo expulsaba.

Cuando terminó de beberme se levantó y, con una mirada que prometía la mejor noche de mi vida, caminó de espaldas hacia la cama.

—Ven, quiero yacer debajo de ti.

Yo no me hice esperar. Tomándola por la cintura, la giré y la tumbé sobre la cama, para enseguida, acostarme sobre ella. Intenté de nuevo tomar sus pechos con mi boca; quería probarlos, me

Llamaban, me exigían que los lamiera a gusto, y yo lo anhelaba; sin embargo, ella me detuvo.

—No estoy aquí por mi placer sino por el tuyo —afirmó, mirándome a los ojos—. Entiérrate en mí, y disfruta de mi cuerpo como desees.

Si bien era cierto que quería que ella también gozara como yo, mi cuerpo me gritaba que le obedeciera, que olvidara todo y me adentrara en ella, hasta que mis fuerzas me lo permitieran.

Desconectándome de mi parte lógica y consciente, me posé entre sus piernas y, ya recuperado en mi totalidad, me enterré en ella hasta la base de mi miembro. Lancé un fuerte gemido y eché la cabeza hacia atrás, embargado del más exquisito placer cuando la sentí rodearme. En ese momento caí en cuenta de que su coño, aunque deliciosamente apretado, era fresco como su boca, como si la temperatura de su cuerpo fuera muy baja, y su interior no tuviera el calor normal del cuerpo.

«¡Qué carajo!», pensé, pero como lo único que me importaba, era que estaba a punto de pasar la noche que cualquier hombre desearía, lo demás podía irse a la mierda.

Me movía con un ritmo frenético, marcado por mi lujuria y sus talones, que se enterraban en mis nalgas. Podía sentir mis testículos golpeando el inicio de su trasero, y el sonido que se producía, ratificaba cuánto disfrutábamos.

Sus labios emitían sonidos que me hacían acelerar las embestidas, y desear acallarlos con mis besos, y así lo hice. La besé como nunca había tenido la necesidad de besar a alguien. Ella abrió su boca, y con mi lengua, repetía los movimientos de cópula que hacía con mis caderas. Su sabor era exquisito y, si así sabía su boca, no podía esperar para saborear su coño. No me importaba lo que ella dijera, quería darle placer, estaba seguro de eso, y así lo haría.

Continué con el ritmo frenético por un tiempo más, estaba tan excitado, y ella era tan apretada, que no tenía duda de que en cualquier momento me correría de nuevo. La vieja cama rechinaba con nuestros movimientos, al mismo tiempo que se escuchaba el golpetear de nuestros cuerpos cada vez que iba hacia adelante y hacia atrás, con fuerza, con lujuria, con necesidad.

Sus pezones rozaban mi pecho de forma desaforada. Era algo mágico, delicioso, que no quería que acabara nunca. Entraba y salía de ella con la urgencia de poseerla sin miramientos, de acabar dentro de ella y marcarla como mía.

Un momento después, pude verla cerrar sus ojos y arquearse hacia mi cuerpo. Sus temblores y espasmos se convirtieron en los míos, un fuego invisible, cuyo combustible eran sus gemidos, se extendió por todo mi ser, y terminó concentrándose en mi pene.

Gritando los dos al unísono, nos dejamos envolver por un fuego intenso que nos consumió, hasta que solo quedaron pequeños jadeos, y los resquicios del vaivén de nuestra pasión.

* * *

Unos golpes insistentes en la puerta me despertaron. Abrí los ojos con mucho esfuerzo, y traté de

levantarme, pero el cuerpo no me respondía. Me sentía agotado, como si hubiese corrido una maratón; mis piernas y brazos se sentían pesados, y no pude hacer más que comenzar a moverlos poco a poco, al tiempo que trataba de no asustarme por la sensación tan extraña. Miré aturdido a mi alrededor y recordé dónde me encontraba, así como lo que había sucedido la noche anterior con esa hermosa pelirroja.

Giré mi cabeza de un lado a otro, buscándola. Ella no se encontraba allí, se había ido. No recordaba haberme quedado dormido, así que no sabía exactamente en qué momento de la noche me abandonó.

«¡Maldición! ¿Por qué tenía que irse?».

Las imágenes que tenía de ella eran borrosas, como si hubiese sido un sueño, solo que yo estaba casi seguro de que no era así. Aún tenía su olor adherido a mi cuerpo, la sensación de su piel contra la mía, de su boca y su coño apretándome, y haciéndome sentir tanto placer como nunca lo había imaginado.

—*Muchacho, ¿estás bien? ¿Te pasó algo?* —Escuché desde el otro lado de la puerta. Era la señora Alfaro.

Con el cuerpo ya respondiéndome, aunque aún con demasiada fatiga, me apresuré a colocarme los bóxers, los pantalones y abrí la puerta. Ella no esperó a que la invitara a pasar, sino que tomó mi rostro en sus manos, y empezó a revisarme con desesperación.

—¿Te hizo daño? ¿Te atacó? Por favor, hijo, dime algo. No dormí en toda la noche preocupada por ti.

—Tranquila, señora, estoy bien. Solo necesito un momento para recuperarme de... —Me detuve para no decirle de la noche que había pasado, aunque necesitaba preguntarle por esa chica que no podía quitarme de la mente—. Dígame algo, señora Alfaro, ¿hay alguna chica pelirroja en el pueblo?

El rostro de la mujer mostró una expresión de pánico, que me hizo erizar los bellos del cuerpo, para enseguida, cambiar a una de ignorancia que no me creí.

—¿Una pelirroja? No, hijo, aquí no hay ninguna chica así. Seguro lo soñaste. —Comenzó a recoger mis cosas con rapidez. En definitiva su actitud era muy extraña—. Anda, termina de cambiarte que el autobús saldrá en unos minutos, y no querrás quedarte en este lugar tan apartado.

«Esta mujer sabe quién es la chica y no me lo quiere decir», pensé, por lo que decidí obedecerle, y preguntar a otras personas antes de partir. Al menos quería saber porqué había aparecido desnuda en mi ventana, porqué su actitud tan extraña y, sobre todo, quería poder hablar con ella, pedir su número, lo que fuera, con tal de asegurarme de verla de nuevo.

Salí de la cabaña con la señora Alfaro caminando a mi lado, y mirándome de reojo.

—¿Te sientes bien, muchacho?

—Estoy muy cansado, y pensar en el viaje que me espera no ayuda mucho.

—Claro, claro...

Al llegar al pueblo noté que todas las personas, excepto mis compañeros de viaje, me miraban con más recelo que la noche anterior; y como caminaba despacio, debido al cansancio, las mujeres lo

hacían con lástima. Algo muy extraño estaba sucediendo en este pueblo.

—Quisiera comer algo —dije a la señora Alfaro, para tener una excusa de entrar a la posada y hablar con alguien más—. Necesito fuerzas para el viaje. Nunca en mi vida me había sentido tan agotado.

—Claro, puedes desayunar de rapidez, y sobre el cansancio, de seguro es el estrés. Ayer no estaban de buen humor por el cambio de ruta.

Entramos en la posada, y me senté en la barra a esperar a que la señora entrara en la cocina para servirme el desayuno. La niña que estaba agarrada a sus faldas cuando llegamos anoche, se acercó a mí con su dedito metido en la boca. Yo no era muy dado a los niños, por lo que solo le sonreí, esperando que se alejara, cosa que, como era de esperarse, no hizo.

—¿La viste? —preguntó con su voccecita de niña pequeña, que por un momento creí haber escuchado mal.

—¿A quién, nena?

—Al fantasma. A la de pelo rojo.

Mi corazón se saltó un latido al escuchar sus palabras. Tenía que estar equivocada.

—¿A...A quién?

—A ella. —Comenzó a levantar su bracito para señalarme algo, cuando su abuela la tomó por la mano y la cargó.

—¡No molestes al viajero, Marta! —La reprendió con cariño, sin dejar de mirarme de reajo—. Sabes que no está bien hacerlo.

Se la llevó, y la dejó en manos de otra mujer, antes de regresar y servirme un poco de huevos revueltos, pan y café con leche.

Algo muy extraño estaba sucediendo en este pueblo, no tenía ya duda alguna. Yo no creía en fantasmas, por lo que me imaginaba que a la niña le habían inventado esa historia para ocultar la verdad. Lo que más me preocupaba, era que se tratara de algún delito como la trata.

Con mi cabeza dándole vueltas al tema, comí solo un poco del desayuno y, sin que la señora Alfaro se diera cuenta, me acerqué a un hombre de unos cincuenta años de edad.

—Disculpe, señor. Yo fui el que se quedó anoche en la cabaña al inicio del bosque, y quería saber por cuánto alquilaban esa pequeña cabaña en un día normal, porque esta vez no me cobraron por el problema con el autobús.

El hombre me miró de reajo, sin dejar de comer.

—Esa cabaña no se renta —dijo con voz grave, más como una advertencia que como una simple información.

—Entonces, ¿cada vez que venga al pueblo puedo quedarme en ella?

Bebió un trago grande de su café con leche, y se giró para quedar frente a mí, mirándome con el ceño fruncido.

—Mira, muchacho, si sabes lo que te conviene, es mejor que abordes ese autobús y no regreses

nunca más. Hay cosas que es mejor dejar pasar, deberías aprender eso.

—Ella no lo hace por propia voluntad, ¿no es así? —gruñí, entendiendo que todas estas personas estaban implicadas—. ¡La están obligando a prostituirse! Lo que no entiendo es con qué fin, porque en ningún momento me han pedido dinero o algo a cambio por la noche que pasé con ella.

—No queremos tu dinero —siseó el hombre. Estaba ofendido y furioso—. No nos interesa obtener algo a cambio. ¿Crees que si pudiéramos no haríamos algo al respecto? ¿Que disfrutamos al saber lo que sucede cada vez que un hombre se queda en esa cabaña? Si por mí fuera, mataría a todos los que han pasado la noche allí, pero no podemos hacer nada más por ella, no podemos liberarla de...

Se frenó y se enderezó en su asiento, al darse cuenta de que estaba revelando más información de la que esperaba. Apretó la mandíbula, y se giró para continuar desayunando.

—Sigue mi consejo —continuó—: Aborda ese autobús, y sigue con tu vida. Lo mejor que puedes hacer es olvidar que alguna vez visitaste este pueblo.

El grito del ayudante del conductor, informando que estábamos por partir, me liberó de los miles de pensamientos que se aglomeraban en mi cabeza. Teorías que llegaban a mi mente, y ninguna parecía encajar a la perfección con la información que tenía.

Este hombre daba la impresión de sentir algo por esa chica, como si deseara protegerla, como si todos en este pueblo lo desearan, pero ¿de qué? Si no eran ellos los que la obligaban a hacerlo, ¿quién más podía hacerlo?

«¿O será que ella misma se ofrece, y no quiere escuchar razones?», pensé, pero algo me decía que no era solo eso. Algo más sucedía, y no pensaba quedarme de brazos cruzados, hasta no descubrir la verdad.

Tomé la mochila y me dirigí al autobús. Ahí me esperaba la señora Alfaro.

—Me voy, señora. Muchas gracias por todo.

—Con gusto, hijo —dijo con una sonrisa de pesar en su rostro. Parecía que quisiera pedirme algo, pero no se atrevía a hacerlo—. Espero que seas muy feliz.

—Puedo venir a visitarla en las vacaciones si lo desea —propuse, esperando a ver su reacción, y fue justo la que esperaba: temor.

—No, no. No es necesario. Este pueblo queda muy apartado de tu ruta —justificó apresuradamente—. No vale la pena que pierdas tiempo que puedes disfrutar con tus amigos. Mejor apunta el teléfono de la posada y me llamas cuando quieras. Eso me gustaría mucho.

—Claro. No hay problema.

Anoté su número telefónico en el celular, le recibí una bolsa con comida para el camino, y abordé el autobús. Por la ventanilla, me despedí de ella y de ese pueblo que encerraba un misterio demasiado grande para ser ignorado. Me despedí, sí, porque ellos me vieron partir, pero cuando ya estábamos lo suficientemente lejos como para haber perdido de vista hasta la última casa, y dejar pasar varios minutos más por si alguien podía vernos, le pedí al conductor que se detuviera.

—Olvidé algo muy importante, y debo regresar a buscarlo.

—Lo lamento, hijo, pero vamos muy retrasados y no puedo esperar más.

—No se preocupe, no le pido que me espere. Puedo pasar la noche aquí otra vez y partir mañana

—expliqué.

—Y ¿en qué se supone que te vas a ir? Por este pueblo rara vez pasa transporte público. Tendrías que pedir a alguien que te lleve hasta la carretera, y ahí esperar a encontrar cupo en algún vehículo.

—Eso lo sé. Pediré el favor a alguno de ellos, no se preocupe.

El señor se encogió de hombros y abrió la puerta.

—Solo no se te ocurra deambular por la noche, muchacho. En estos lugares se cuentan historias muy extrañas, y no creo que tengas ganas de averiguar si son ciertas.

«Eso es justo lo que voy a hacer, averiguar qué verdad se esconde en medio de este bosque», pensé, y me limité a asentir.

Caminé por unos veinte minutos, junto a la vía pero ocultándome en los árboles, por si algún poblador aparecía; y luego de un par de dudas sobre la dirección que debía tomar para no aparecer en el pueblo, divisé la cabaña a la orilla del bosque.

Al acercarme, escuché ruidos dentro de ella, por lo que imaginé que la chica pelirroja había regresado. Me acerqué con sigilo, esperando no asustarla, y cuando me asomé por la ventana por donde ella apareció la noche anterior, me percaté de que se trataba de la señora Alfaro. Estaba frente a la cama, mirándola con intensidad, mientras que lloraba desconsolada.

«¿Qué carajo está pasando aquí?», me pregunté. La cama estaba como la había dejado, desarreglada, y ella solo estaba ahí, mirando y llorando.

—Quizás él era el indicado —dijo en medio del sollozo—, pero no podía arriesgar su vida, pidiéndole que se quedara. No puedo condenar su alma, sin estar segura de que se trata de él, y no tengo forma de averiguarlo sin ponerlo en riesgo. Perdóname, mi niña, por no poder salvarte. Perdóname, por favor.

Se enjugó las lágrimas con su delantal, y comenzó a arreglar la cama y el resto de la pequeña habitación. Al terminar, dio una última mirada triste al lugar y se marchó.

—Ahora menos me voy —susurré para mí mismo—. No pienso alejarme de este lugar sin saber para qué era yo el indicado, porque seguramente hablaba de mí, y de qué es de lo que no puede salvar a esa chica.

Más decidido que nunca a descubrir la verdad, entré por la ventana, dejé mi mochila en la mesa, y llamé a mi mamá para decirle que me quedaba otro día más, que avisara a mis amigos para que no se preocuparan. Al terminar de escuchar todas sus recomendaciones, me recosté en la cama, y como no creía que alguien fuera a llegar a husmear, me quedé dormido debido al agotamiento que aún no terminaba de superar.

Desperté luego de la hora del almuerzo, por lo que aproveché para comer la mitad de lo que la

señora Alfaro me había preparado, y guardé la otra mitad para la noche. Con mucho cuidado, me acerqué al pueblo, aprovechando, lo que imaginaba, era la hora de la siesta, y parecía que así era, porque no había nadie fuera de sus casas. Caminé hasta la parte de atrás de una de ellas, donde escuché voces que hablaban justo de lo que yo quería escuchar.

—¡Ya te digo que él no era el indicado! —dijo un hombre con tono molesto—. Ni siquiera sabemos si en realidad existe uno.

—Sí existe, tiene que existir —sollozó una mujer—. Esa niña no puede vivir así para siempre. Alguna forma debe haber para liberarla, solo que nosotros no lo sabemos aún.

—Si es que tiene salvación, cosa que dudo mucho —replicó el hombre.

—Debe tenerla, no tengo duda alguna —dijo otro hombre que sonaba mayor—. Mis padres creían en una salvación, así como sus padres, y nuestra única labor es protegerla, hasta que pueda ser liberada.

—¿Protegerla? ¡¿Protegerla?! —gritó el hombre más joven—. ¡¿A dejar que se la follen los viajeros llamas proteger?!

La mujer rompió en un llanto aún más fuerte, mientras yo sentía que la rabia me invadía. Estas personas sabían lo que sucedía, incluso lo permitían, y no eran capaces de hacer algo por ella.

—Hijo, por favor.

No continué escuchando, prefería ir a buscar más información en otro lugar. Recorrí la parte trasera de otras tres viviendas; en dos de ellas estaban descansando, y en la tercera estaban hablando de mí, nuevamente especulando si era el elegido para salvarla.

«¡Claro que lo era! —pensé con seguridad—. Si ellos no estaban dispuestos a evitar que alguien más siguiera prostituyéndola, yo sí lo iba a hacer. Ella no seguiría sufriendo».

Regresé a la cabaña sin ser visto, y me senté a leer un libro que llevaba en la mochila, esperando que llegara la noche para poder volver a ver a... ella; ni siquiera sabía su nombre, pues los habitantes del poblado no lo mencionaron, pero esperaba averiguarlo hoy mismo.

Al oscurecer, me quité la camiseta, los zapatos y las medias, y me dispuse a esperar la llegada de ella. Casi a medianoche, cuando imaginé que no aparecería, y me tocaría salir a buscarla en el bosque, o pasar otra noche allí, sentí los pasos alrededor de la cabaña. Me apresuré a levantarme y asomarme por la ventana.

—Hola, ¿eres tú?

Los pasos se detuvieron justo en la pared de al lado.

—No tengas miedo. Soy yo, el mismo de anoche. No te haré daño y lo sabes.

Reanudó su marcha, y cuando estaba a punto de doblar y aparecer por el lado derecho de la ventana, sentí que su fresca mano me tocó el hombro izquierdo. La impresión que me llevé fue grande, porque no entendía cómo había hecho eso.

—¿Volviste? —Fue más una pregunta que una afirmación. Parecía sorprendida por hallarme ahí de nuevo.

—Sí, volví. Ven, por favor, entra.

Corrí a la puerta para dejarla pasar, y cuando la abrí ella ya estaba allí, sorprendiéndome de nuevo. Me apresuré entonces a tomar la sábana de la cama para cubrirla con ella. La puse sobre sus hombros, y no pude evitar abrazarla para transmitirle mi calor y mi protección, porque eso era lo que ella me inspiraba; además de ese sentimiento que aún no me atrevía a darle nombre, pero que anidaba en mi pecho y crecía a cada momento que pensaba o estaba junto a ella.

Los besos que comenzó a repartir en mi pecho desnudo, me sacaron de mis pensamientos, y el deseo y la lujuria comenzaron a despertar en mí.

—No, no es necesario que lo hagas. Ven, siéntate un momento.

—Quiero yacer debajo de ti —dijo con esa voz, que como todo lo demás en ella, prometía una noche de placer descontrolado.

Le tomé el rostro con ambas manos, para reafirmar mis palabras.

—Estoy deseando como un loco hacerte el amor, pero...

—Entonces hazlo —dijo, y sacando la mano de la manta, me apretó el pene por encima del pantalón—. Te quiero dentro de mí.

A pesar de que quería ayudarla, liberarla de sus cadenas, el deseo que bullía en mí con su sola presencia era abrumador. Quería hacerla mía de nuevo, y con ella pidiéndomelo, no ayudaba mucho en mi empresa de resistirme.

Obedeciendo a mi cuerpo antes que a mi mente, comencé a besarla con intensidad, mientras caminaba con ella pegada a mi cuerpo, dando pasos torpes hacia la cama. Intenté recostarla en ella, cuando se detuvo, me separó un poco, se retiró la sábana de su cuerpo, y se arrodilló frente a mí.

—Déjame darte placer. —Fue lo último que salió de su boca, antes de desabrocharme el pantalón, bajármelo con todo y ropa interior, tomar mi miembro e introducirlo en ella.

Jadeé ante la sensación que recorrió mi cuerpo, cuando sentí su lengua fría saborearme de esa forma. Fue intenso, demasiado, y los movimientos que realizaba no ayudaban mucho a mi autocontrol.

Su hermosa boca hacía maravillas en mi polla, consiguiendo que mis caderas la embistieran suavemente, porque a pesar de todo lo bien que se sentía, no quería ser brusco con ella.

Cuando estaba a punto de correrme en ella, se separó, se puso de pie y se acostó en la cama, ofreciéndose a mí.

—Ven. Quiero...

—Anoche me dijiste que estabas aquí para mi placer, y ahora soy yo el que quiero dártelo a ti. —Terminé de quitarme los pantalones, me tumbé sobre ella, y le acaricié el rostro con los dedos—. Déjame hacerte el amor.

No la dejé hablar. Sellé su boca con un beso apasionado y suave a la vez, mientras mis manos exploraban su cuerpo con delicadeza. Quería adorarla, quería que se sintiera amada, así que me dediqué a ello. Con mi boca le di el placer que ella pretendía darme a mí, con mis manos la estimulé hasta que

todas esas sensaciones despertaron; para luego, colocarme sobre ella y hacerle el amor de la forma más apasionada posible.

Los dos nos movimos, gemimos y gritamos, repitiendo la escena de la noche anterior. Lo que ella me provocaba era tan intenso, que aunque intenté seguir con el plan de complacerla, no pude evitar embestirla con más intensidad, descontrolándome, hasta que los dos llegamos juntos al clímax, entre espasmos y jadeos.

Luego de unos minutos, levanté la cabeza para mirarla, extasiado por el magnífico momento que acabábamos de compartir, pero lo que encontré, me desconcertó y me asustó. En su mirada ya no existía lujuria, ni miedo, ni timidez; solo quedaba una tristeza infinita que me contrajo el corazón, y me agrió el alma.

«¡Maldición, le hice daño!».

—Lo siento, no debí tratarte así. Perdóname, por favor.

Regué besos por su rostro de forma desesperada; quería protegerla, aunque no sabía el porqué. Sentía que debía procurar su felicidad sobre la mía.

Ella me miró extrañada, como si no entendiera mis palabras, o el motivo que me hacía pronunciarlas.

—¿No quieres continuar? —preguntó. Claro que quería hacerlo, era solo que no podía mientras ella se sintiera mal con todo esto.

—No si tú no quieres. ¿Estás bien? —pregunté en un susurro.

Su rostro se tornó aún más confundido, dando lugar en sus labios a una sonrisa triste.

Entonces, pude notar algo que antes había pasado desapercibido; era como si hasta ese instante sus ojos se mostraran ante mí. Unos hermosos ojos del color del mar, reflejaban necesidad de algo que no sabía qué era. Parecía como si rogara silenciosamente por algo, algo que yo deseaba hacerle realidad. Quedé hipnotizado, sentí como si me atraparan, y yo feliz, me dejé absorber por ellos.

—No te preocupes, estoy bien —respondió, regalándome una sonrisa tierna—. Solo te pido que antes de continuar, me permitas abrazarte por unos momentos, y que tú también me abrases. Quiero sentir el latido de tu corazón.

¿Cómo negarle algo a esa hermosa diosa? Yo estaba endureciéndome de nuevo, pues su embriagador olor a flores, y la visión de su cuerpo, eran una tentación demasiado grande; y a pesar de eso, extrañamente quería abrazarla también, sentirla junto a mí, traspasarle mi calor, y alejar de su piel esa frescura antinatural.

Me retiré de su interior, me acosté boca arriba y la atraje hacia mí. Ella colocó su cabeza sobre mi pecho, y yo me dediqué a acariciarle la espalda.

—¿Cómo te llamas? —Quise saber.

—Antonieta —dijo con timidez.

—Es un bonito nombre.

—Me recuerda lo que soy —indicó con voz amarga.

—Y ¿qué eres? —pregunté en un susurro, extrañado por esa expresión.

—Te lo diré por la mañana. —Sin previo aviso, se levantó, se sentó sobre mí con sus piernas a cada lado de mis caderas, y apoyó sus manos en mi pecho—. Esta vez no quiero yacer debajo, quiero olvidarme de lo que soy. —Una lágrima escapó de sus ojos y rodó por su mejilla—. Hazme olvidar lo que soy, por favor. Hazme olvidar mi pasado, mi naturaleza, mi existencia, todo.

Su ruego era desesperado, su rostro demostraba una necesidad de liberación, que me hizo odiar a lo que fuera que ella odiara también. Estaba dispuesto a cualquier cosa por ella, no importaba de qué se tratara.

Tomé su rostro entre mis manos, y lo acerqué al mío con delicadeza y firmeza a la vez.

—Dime qué tengo que hacer. Dime cómo puedo liberarte de eso que te atormenta. —Ella negó con la cabeza y cerró los ojos—. Ven conmigo —pedí de repente. Era una locura, no obstante, las palabras salieron de mi boca sin pensarlo.

Yo apenas estaba estudiando, no tenía cómo mantenernos, aun así, conocía muy bien a mis padres, y sabía que ellos no tendrían problema en ayudarla. No éramos ricos, claro está, era solo que nunca nos había faltado el dinero, y estaba seguro de que ella no sería una carga; incluso, yo podría trabajar en mi tiempo libre para poder aportar algo a su manutención.

Abrió los ojos al escucharme decir aquello. Estaba sorprendida por mi petición.

—Por favor, ven conmigo —continué con más vehemencia—. Si alguien te retiene nos podemos escapar ahora mismo. No quiero que sigas con esta vida. No soporto pensar que te tendrás que entregar a otros. No quiero.

Más lágrimas corrieron por su rostro, y su llanto se hizo más fuerte. Emitiendo un sollozo, ocultó su rostro en mi cuello, y la abracé con fuerza, tratando de controlar los espasmos del llanto que calaba en lo más profundo de mi alma.

Luego de unos instantes se tranquilizó. Yo seguía acariciando su espalda, quería que ella supiera que estaba dispuesto a olvidar mi deseo de volver a entrar en ella, y concentrarme en aplacar su sufrimiento.

Se enderezó y me miró con una sonrisa en los labios, que era más de pesar que de alegría. Levantó un poco las caderas, y con una de sus manos, acomodó mi pene en su entrada y se dejó caer suavemente sobre él.

Ahugué un gemido de placer, y haciendo uso del poco autocontrol y razonamiento que me quedaba, la tomé por la cintura para tratar de impedir que se moviera.

—No te estoy mintiendo, Antonieta, ven conmigo ahora, y te juro, mi amor, que cambiaré tu vida.

Ella me miró aún más sorprendida y extrañada.

—¿Mi amor?

—Sí, mi amor, mi vida, mi muñeca. Antonieta, no sé cómo sucedió en tan solo dos noches, pero te

amo. Estoy enamorado de ti.

La atraje hacia mí, y la besé con todo el amor y la pasión que comenzaron a bullir en mi interior. Ella sonrió ampliamente contra mis labios y empezó a moverse, al ya no tener mis manos para detenerla. La dejé hacer, y así continuamos toda la noche. Ya no había desesperación ni lujuria desenfrenada, solo quedaba el amor que nos unía en un solo ser, porque estaba seguro de que ella también me amaba, así en ese instante no pudiera reconocerlo.

* * *

«¡Antonieta!».

Ella no estaba por ningún lado, y eso me desgarró por completo. Había regresado a donde fuera que se ocultara, había huido de mí como la noche anterior. Sabía perfectamente que no era eso lo que ella deseaba; algo la obligaba a regresar, y yo, tan seguro como de que estaba vivo, respirando y amándola como un loco, la encontraría; no me importaba cómo, ni cuánto demorara. Si era de pasar ahí todas las noches esperando su regreso, lo haría, porque no permitiría que le siguieran haciendo daño; ella era mía, me pertenecía, fuera demonio, espíritu, o una simple chica. No me iría sin ella, mi Antonieta.

Me vestí deprisa, y salí de la cabaña rumbo a la posada. Apenas estaba aclarando. Revisé mi reloj y vi que eran las cinco y media de la mañana. Me sentía cansado, pero no tanto como la mañana anterior; la sensación podía compararse con lo propio a causa de la falta de sueño y la actividad de la noche.

Al acercarme al poblado, divisé a la mujer barriendo la entrada de la posada. Cuando me vio, su rostro mostró tanto asombro y terror, que creí que se desmayaría ahí mismo.

—David...

—Usted sabe quién es, ¿no es así? —exigí saber de inmediato en un tono de voz que nunca antes había usado con una persona mayor.

La señora Alfaro guardó silencio, con una expresión de duda y desesperación. Quería saber de Antonieta, necesitaba conocer todo de ella para poder salvarla, por lo que la tomé por los hombros y le dije con vehemencia:

—Usted lo sabe. Por favor, lléveme con ella, dígame dónde la tienen retenida, necesito verla de nuevo. ¡Maldición, señora! ¡Hable de una vez!

Al notar mi desesperación, bajó la cabeza, cerró los ojos por unos segundos, para luego mirarme con tristeza y asentir.

—Ven.

Entramos a la posada, donde ya varias personas del pueblo estaban reunidos en el comedor, desayunando. Al verme se sorprendieron, al tiempo que algunos hombres se pusieron de pie, mirándome

con rabia.

—¿Qué hace él aquí? —gruñó uno.

—¿Te quedó gustando estar con ella? ¡No es tu puta! —gritó otro, acercándose a mí con furia.

—¡Tranquilos! Por favor, cálmense —dijo la mujer, interponiéndose entre el hombre y yo—. Él quiere ayudarla, está dispuesto a conocer la historia y buscar una solución.

—Puede que sea el elegido —dijo una mujer en una de las mesas.

—¡Ni siquiera sabemos si eso del elegido es cierto! —gritó el hombre que se había acercado.

—Este lo que quiere es follársela todas las noches —gritó uno de otra mesa.

—¡No! —exclamé—. No quiero eso, solo quiero salvarla. No me importa qué es eso del elegido, ni la historia que la señora Alfaro me va a contar, solo sé que estoy dispuesto a todo con tal de alejarla de esa vida, y lo haré con o sin el consentimiento de todos ustedes.

Las personas que estaban de paso por Purabá, no entendían lo que sucedía, y miraban a todos lados, como tratando de encontrarle sentido a lo que escuchaban. Los hombres y mujeres que sí tenían conocimiento de aquello, me miraron fijamente, como evaluando la veracidad de mis palabras. Al parecer, le tenían mucho cariño a Antonieta, y si no la habían rescatado ya de esa vida cruel, era porque no habían podido hacerlo.

Poco a poco se fueron retirando, volviendo a sus mesas.

—Si es cierto que quieres salvarla, hazlo entonces; pero no te aproveches de ella, porque no saldrás vivo de este pueblo.

Me limité a asentir, no por miedo a ellos, sino porque estaba determinado a llegar hasta las últimas consecuencias por Antonieta.

Me encaminó a lo largo del corredor que daba a la cocina, donde la señora Alfaro se detuvo de pronto, y en silencio se giró hacia mí, señalando una pequeña pintura en la pared.

—Señora, no me interesan los cuadros, quiero saber dónde está ella.

—Mira el cuadro, por favor —pidió y lo volvió a señalar.

Le hice caso tan solo por complacerla, y me impactó lo que vi.

Ahí, dibujada perfectamente, se encontraba ella. Antonieta, desnuda como se presentó ante mí, con su piel más pálida de lo normal para un ser humano, y el cabello rojo fuego; de su espalda, sobresalían unas enormes y extrañas alas, con plumas de distintos tonos de rojo, de la que se desprendía una larga cola, que se enredaba en las piernas de un hombre igualmente desnudo, al que abrazaba apasionadamente. El rostro del ser alado se hallaba de perfil, pero no tenía ninguna duda de que se trataba de ella. Sus rasgos faciales, su cuello, la forma de su cuerpo, sus largas piernas...

«¿Qué significa esto? ¿Por qué alguien la pintaría de esa manera?».

Miré a la señora Alfaro, confundido, y ella me señaló con el dedo un escrito debajo de la pintura.

Antonietta

(Súcubo: La que yace debajo)

Demonio con forma femenina, que ataca a los hombres por medio del sexo durante la noche, para robarles su energía vital.

Eso era todo, no había nada más.

«Un demonio... Ataca a los hombres... Sexo... Energía vital...».

La rabia me consumi6, eso no era cierto. No podían decir algo así de la mujer de la que me había enamorado.

—¡Ella no es ningún demonio! —aseguré con los dientes apretados por la ira.

—Es normal que estés cautivado por ella, todos los hombres que...

—¡No! —grité—. Usted no la vio como la vi yo anoche. Ninguno de los malditos con los que ha estado la ha visto llorar como yo la vi, sonreír de manera tierna, rogar por que la hiciera olvidar lo que es, lo que alguien la obliga a hacer con otros hombres. —Sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas y mi voz se tornaba ronca—. Ni usted ni nadie vio esos hermosos ojos azules, que yo vi brillar anoche con tanta intensidad, que creí morir en ellos.

—¿Ojos azules? ¿Llorar? —Asentí con vehemencia—. Ella nunca ha hecho eso. Los hombres nunca han reportado algo así. —Bajó la cabeza un momento, como si estuviera analizando algo, y luego, la levantó sobresaltada, con una expresión completamente diferente. Parecía esperanzada—. ¡Oh, hijo! ¿Será posible que tú hayas logrado cambiar por un momento su naturaleza? ¿Será posible que en realidad existe un elegido y ese seas tú?

—¿A qué se refiere con eso de “su naturaleza”?, y ¿qué es todo eso del elegido?

—Ven, acompáñame. No podemos continuar hablando de esto aquí.

La seguí de nuevo fuera de la posada, hasta un poco más cerca del bosque.

—Escucha bien lo que te voy a decir, muchacho, y abre tu mente, porque necesito que entiendas bien. —Asentí rápidamente. Necesitaba saber qué era lo que me tenía que decir—. Cuenta la leyenda, que hace algunos siglos, en la época de la conquista, existía una joven de gran belleza, cabello del más brillante color rojo, piel blanca y tersa, y unos ojos color azul que reflejaban la pureza de su ser y de su espíritu. Pero así como existe el bien, existe el mal, y este último se encontraba reunido en una sola persona, una mujer, una bruja.

»No sabemos los nombres reales, ni de la chica ni de la bruja, solo que esta vivía celosa de la

hermosa joven que todos admiraban y amaban en el pueblo, pues ella, aunque atractiva, no se comparaba con la niña, y su mala reputación era bastante conocida por todos. Su casa era muy frecuentada por forasteros y algunos hombres del pueblo, incluso varios al mismo tiempo; el problema era que la gente le temía tanto, debido a su gran poder, que nadie se atrevía a reprenderla o exigirle que se fuera, a pesar de que se rumoreaba que practicaba incluso la magia negra, con sacrificios de animales.

»Un día llegó al pueblo un joven muy apuesto, soltero y rico. Todas las doncellas quedaron encantadas con él, y sus padres buscaron poder conocerlo para conseguir que desposara a alguna de sus hijas, solo que no tuvieron tiempo. Cuando él vio a la joven, quedó prendado al instante con su belleza y, averiguando quién era, la abordó a ella y a sus padres para pedirla en matrimonio. Lamentablemente, la bruja también vio al joven, y lo quiso para sí. Lo invitó a su casa, supuestamente para darle la bienvenida, y cuando él estuvo allí, intentó seducirlo; le pidió que la hiciera suya, que lo deseaba y que estaba dispuesta a todo por él. El joven, habiendo escuchado las historias sobre esa mujer, y siendo de mente inocente, se negó rotundamente, alegando que estaba enamorado de la hermosa pelirroja, la cual sí era una mujer para amar. La bruja, amargada por el rechazo y la comparación, le gritó que eso no se quedaría así, que se vengaría, y que la pureza de su amada quedaría manchada en los brazos de miles de hombres a través del tiempo. El muchacho salió de la casa sin creer ninguna de sus palabras.

»Esa noche, invocando a demonios y espíritus malignos, la malvada mujer rogó a estos que le ayudaran en su venganza, y que convirtieran la pureza de la joven en la más grande de las lujurias, tanto así, que necesitara estar con hombres para poder sobrevivir. Y así sucedió. La niña murió al amanecer, aparentemente sin ninguna explicación. A partir de ese día, en las casas cercanas al bosque, se empezaron a escuchar historias de que la chica aparecía por las noches, para aparearse con los hombres jóvenes y robarles la energía durante el acto; los hombres al día siguiente, aparecían con marcas de arañazos y moretones por todo el cuerpo. Al parecer, ellos sienten que sus fuerzas menguan, y tratan de zafarse, sin embargo, ella los retiene por la fuerza, y de ahí las marcas.

»Tú no las tenías ayer ni las tienes hoy, no estás herido, y ahora solo se te ve un poco fatigado, como sería normal, si hubieras estado con cualquier mujer; aunque lo que más me sorprendió es lo que mencionaste de sus ojos: los hombres dicen que son rojos, como carbones encendidos, y otros no recuerdan haberlos visto. Los ojos son la ventana del alma, muchacho, y el solo hecho de que te los mostrara, significa que tú eres alguien especial para ella. No sé qué vio en ti que la hizo sentir que eres diferente.

—¿Qué sucedió con la bruja?

—Unos dicen que los aldeanos, que tanto apreciaban a la niña, quemaron la casa con la mujer dentro, mientras dormía; otros, que simplemente desapareció. Yo me inclino más por la primera. Una mujer como esa no desaparecería tan fácilmente.

»Nosotros, todos los que vivimos en este pueblo sabemos de su existencia. Por generaciones hemos intentado todo, incluso, evitar que hombres estén con ella, pero entonces la vemos vagando por los

límites del bosque con expresión angustiada, débil, y cuando pasan semanas sin... yacer con alguno, se escuchan gritos desgarradores, sus gritos de dolor. No queremos que continúe así, pero tampoco podemos dejarla sufrir. Muchos creen que existe una salvación para ella, y es por eso que estamos dispuestos a morir en este pueblo y que nuestros hijos y nietos sigan a su cuidado, hasta que se sepa cómo liberarla de esa angustia.

Mi mente procesaba lo que esta mujer me había dicho. Su piel pálida en extremo, su baja temperatura... y pensándolo mejor, no recordaba haberme fijado en sus ojos al principio, solo hasta ese momento en que los noté azules. ¿Sería posible que todo eso fuera cierto? ¿Que brujas, demonios y espíritus, existieran junto a nosotros, los mortales, sin que pudiéramos notar su presencia? Si tenía que creer en eso para estar con ella, entonces mi mente estaba lista para cualquier teoría.

—De ser eso cierto, dígame qué tengo que hacer para salvarla, para liberarla de ese sufrimiento. Haré cualquier cosa por ella.

La mujer bajó la cabeza con pesar, y negó.

—Lo siento, muchacho. No sé si puedas ayudarla. No sé de nada que se pueda hacer para salvarla de algo así.

—Algo tiene que haber, una parte de la leyenda que haya pasado por alto, una señal, un acertijo. ¡Cualquier cosa! ¡Ustedes hablan de un elegido! —alegué, desesperado.

—La historia solo cuenta que las personas del pueblo destruyeron todas las casas cercanas al bosque. El joven de la historia mandó a construir la cabaña donde te quedaste, y se instaló permanentemente en ella, con la esperanza de que su amada lo buscara, cosa que nunca pasó. El chico murió a los pocos meses y su cuerpo fue encontrado en la cama, con una sonrisa en los labios y sin una razón aparente para su deceso. Algunos dicen que ella al fin llegó a buscarlo, y se llevó su alma para estar con él; otros, que murió con la esperanza de que algún día se reencontrarían; de ahí la teoría de que hay un elegido, pero nadie sabe la verdad. Cada generación se ha encargado de mantener limpia la cabaña y reconstruirla cuando es necesario, la madera que ahí queda ya no es la misma de aquella época, y solo la forma se ha logrado mantener fiel a la original, por eso tiene una única ventana que da directo a la cama.

—Acompáñeme a la cabaña, algún indicio debe haber ahí que permita resolver este asunto —pedí. No estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados—. No creo que ese hombre, si la amaba tanto como decía, se quedara simplemente esperando. Estoy seguro de que algo averigué.

—Te digo que la cabaña ha sido reconstruida muchas veces, no queda nada de la original.

Me llevé las manos a la cabeza y tiré de mis cabellos, tratando de que llegara a mí alguna idea, cualquier cosa que me pudiera ayudar a salvarla. De pronto, mi mente se iluminó.

—¡Los cimientos! ¡Eso es! ¿Los han levantado? —pregunté esperanzado.

La señora Alfaro lo pensó por un momento y luego, con una gran sonrisa, negó fervientemente.

—De eso estoy segura, nadie los ha removido; incluso, el suelo no fue reemplazado cuando se

realizaron los mantenimientos, solo colocaron madera nueva sobre este, así que el original debe estar debajo.

Sonreí abiertamente. Estaba seguro de que algo podíamos encontrar ahí. Aún no entendía cómo me hallaba creyendo en demonios, espíritus y brujas; pero por Antonieta, creería en cualquier cosa que me permitiera liberarla de ese infierno.

—Voy a buscar algo para levantarlo —dijo la señora Alfaro, emocionada, y se alejó de mí con rapidez.

Me dirigí a la cabaña a esperar. Al entrar, miré hacia los tablones de madera que cubrían los cimientos, y mi determinación aumentó. Para que ese hombre muriera por ella, debía amarla como yo lo hacía en esos momentos y, sintiendo esa opresión en el pecho al saberla atormentada sin poder hacer nada, estaba seguro de que él tuvo que llegar a una conclusión. La sonrisa con la que dicen que murió no podía ser en vano, algo debió descubrir y eso, fuese lo que fuese, me ayudaría a liberar a Antonieta de su atadura.

Con esperanza y las fuerzas renovadas, me agaché y comencé a golpear los tablones con el puño, tratando de descubrir si había alguna zona hueca; luego de un momento, me di cuenta que no era así. Lo que sea que estuviese escondido debía estar enterrado más abajo.

Escuché unas voces acercarse, la puerta se abrió y la señora Alfaro entró con dos hombres, entre dos o tres años mayores que yo. Al mirarlos sentí celos, el solo pensar en que *mi* Antonieta estuvo con ellos, entre caricias, besos, gemidos...

—Tranquilo, muchacho —dijo la señora Alfaro, dirigiéndose a mí—. Ellos nunca han pasado la noche en esta cabaña.

Entendí entonces que mi expresión hacia ellos era de completo odio, por lo que le agradecí en silencio que me lo aclarara. Asentí con la cabeza. No deseaba pensar en eso, ella era mía, no importaba con cuántos hombres hubiese estado a lo largo de todos esos años, pues sabía que lo hacía no por deseo propio, sino porque no tenía otra opción, y yo la salvaría de ese destino, así tuviera que entregar mi vida en el proceso.

Entre los tres empezamos a quitar las tablas del suelo, y pronto quedó al descubierto un piso también de madera, mucho más antiguo. Las tablas se encontraban en muy mal estado y parecían casi podridas.

—Si hay algo aquí, debe estar debajo de esas tablas —indicó la señora Alfaro, que se mantenía en una esquina, alejada, evitando los golpes de nuestras hachas.

Nos dispusimos a retirar la madera podrida, que no requirió mayor esfuerzo que el de las superiores. Al deshacernos de ellas en toda la parte central de la cabaña, uno de los jóvenes golpeó accidentalmente el piso de tierra expuesto, y el sonido característico de metal golpeando contra metal, se hizo presente. Crucé la mirada con la señora Alfaro, durante la fracción de tiempo en que el sonido nos paralizó. Algo había ahí enterrado.

Sin demora me arrodillé, y me di a la labor de retirar la tierra con las manos, hasta que una sencilla caja de metal apareció ante mí. La miré por varios segundos, temiendo que la sensación de esperanza que se acumulaba en mi pecho, fuera a convertirse en decepción al revisar su contenido; mas necesitaba saber qué contenía, necesitaba salir de dudas y saber si había alguna posibilidad de cumplir mi cometido.

Cavando en los alrededores, logré sacar la caja metálica que no era muy grande, aunque el peso, indicaba que algo resguardaba. Armándome de valor intenté abrirla, pero la cerradura estaba con llave y esta no parecía estar por ninguna parte. No me importó, eso no me detendría. Tomando un cincel de entre las herramientas, lo introduje a un lado de la cerradura, y con un mazo lo golpeé con fuerza. La cerradura cedió al instante y la tapa quedó un poco levantada. Miré a mi alrededor buscando a la señora Alfaro y me percaté que solo estábamos ella y yo.

—Les pedí que se marcharan —explicó—. Si lo deseas puedo irme también.

—No, quédese, por favor —pedí, mirándola con angustia—. No puedo hacer esto solo.

La mujer me miró con comprensión y ternura, y se acercó a la mesa haciéndome señas para que llevara la caja hasta allí. Así lo hice, y no pudiendo esperar más, la abrí. En su interior, se hallaban algunos objetos que denotaban claramente el paso del tiempo: un diario con la cubierta envejecida y las hojas amarillas, un pequeño retrato que tenía una fina capa de polvo cubriéndolo, y un trozo de tela amarillenta.

Tomé el diario entre mis manos, y noté cómo estas temblaban. Estaba nervioso y, más aún, ansioso. Lo abrí, y en la primera hoja descubrí una inscripción en una letra muy elaborada que decía:

Alejandro Castellanos.

Año 1... de Nuestro Señor.

«Alejandro Castellanos».

Curiosamente esos eran mi segundo nombre y mi segundo apellido. Yo no era de creer en supersticiones ni destinos, pero, aun así, ese hecho no podía catalogarse tan fácilmente como una coincidencia. Más animado entonces, comencé a hojear el libro, cuando la señora Alfaro me interrumpió.

—Mira, hijo. Mira a la mujer en el retrato.

Tomé el pequeño cuadro en mi mano, y noté que era una pintura en miniatura de una mujer. Supuse que era así como se hacían las *fotografías*, por llamarlo de alguna forma, en esa época; sin embargo, lo que más llamó mi atención fue el rostro de ella. Llevaba un vestido blanco con el cuello alto y lo que parecía encaje en el borde; su cabello era rojo, recogido parcialmente en la parte de atrás de la cabeza, mientras que el resto caía suelto sobre sus hombros; sus pómulos altos, nariz pequeña y labios un poco

lLENOS y rosados, que contrastaban con la blancura de su piel; y sus ojos, esos ojos azules que me miraban fijamente, hicieron que un jadeo escapara de mis labios.

—Así es, hijo, es ella. Es ella cuando aún era humana.

Escuché las palabras de la mujer a mi lado, pero mi mente estaba concentrada en la hermosa joven que me observaba desde el lienzo pintado.

«—Hazme olvidar lo que soy, mi pasado, mi naturaleza, todo», sus palabras llegaron a mi mente en una súplica silenciosa. Yo tenía que salvarla a como diera lugar, y la haría mía y solo mía, para siempre.

Coloqué el retrato cuidadosamente sobre la mesa, y tomé entre mis manos el retazo de tela, que se trataba de un delicado encaje.

—Parece ser el mismo del vestido —comentó la señora Alfaro, acercándose para mirar con mejor detalle.

Asentí.

Aunque este estaba amarillento por el paso del tiempo, se podía notar que el pintor se había esmerado por captar cada detalle. Lo froté suavemente entre mis dedos, y me reconforté pensando en que ese pedazo de tela había tocado a mi hermosa Antonieta, antes de ser corrompida por esa maldita mujer.

No deseando perder más tiempo, lo guardé con cuidado en el bolsillo del pantalón, deseando tenerlo lo más cerca posible de mi cuerpo, y me dispuse a hojear el diario.

Hoy inicia mi espera por mi amada. Deseo desesperadamente tenerla entre mis brazos y no dejarla ir nunca más. Deseo protegerla de todo y de todos; y así tenga que permanecer en esta cabaña el resto de mis días, esperaré paciente su regreso a mí.

Está oscureciendo. Antonieta, mi hermosa Antonieta, ven a mí, a tu fiel esclavo.

Mi corazón llora de desolación, mas no debo desistir. Solo ha pasado una semana, sé que ella vendrá, lo sé. Aquí te espero, mi Antonieta.

Mi alma grita de desesperación, al tiempo que mi corazón sangra de dolor. Hace un mes que espero ver su imagen de nuevo, escuchar su voz, sentir el aroma que desprende su cabello... Nada, ella continúa ausente.

Tengo que hacer algo, no soporto un día más aquí. Debo actuar, saber qué sucedió con ella, y sobre todo, la forma de salvarla.

Hoy conversé con un nativo, me explicó que había una forma de salvarla, solo que no era segura para mí... No me importa, no me importa morir por ella.

Mañana se hará el “ritual”, como lo llamó el anciano de la tribu. Han pasado tres meses desde la última vez que mis ojos tuvieron el placer de contemplar tan pura belleza... Antonieta, mi dulzura, pronto estaré contigo.

El ritual dará inicio en unos momentos. Es medianoche y me encuentro a la mitad del bosque esperando las órdenes del anciano.

Me ha explicado que mi Antonieta no ha venido a mí, seguramente para protegerme de ella misma... Qué ironía, yo le fallé y ella ahora es quien cuida de mí.

El ritual es extraño, pero el anciano me asegura que si es el tiempo, podré tener a mi amada en mis brazos al amanecer. Si no es así, moriré.

Él invocará su espíritu atormentado, ella vendrá a mí sin reconocirme, y me hará lo mismo que a los otros hombres... Ellos no tienen culpa alguna, lo sé; aun así, siento que los odio a todos y cada uno... Tomará mi energía hasta saciarse, y eso solo sucederá cuando mi corazón ya no tenga fuerzas para un latido más. Yo no debo resistirme, ya que la intensión es que me sacrifique. Entonces, si el momento ha llegado, si soy el indicado, y si así debe ser, yo despertaré de la muerte y ella junto a mí... El anciano me dice que no está seguro de que todo salga como es debido, ya que ni él mismo conoce las fuerzas que influyen para que suceda; ni sus ancestros lo sabían, solo sucedía, al menos según sus propias leyendas. No me inquieta. Así no despierte nunca, me iré complacido al saber que he hecho todo lo posible para salvarla.

De la maldita bruja no he tenido más noticias, ella huyó cuando todos los aldeanos se dispusieron a asesinarla. Desearía hacerlo yo mismo...

El anciano me llama, ha llegado la hora. Acaba de decirme que no me preocupe

por ella, que un alma pura como la suya en esencia, siempre podrá encontrar la salvación, así sea en brazos de otro hombre... Solo espero que ese... hombre... pueda amarla, valorarla y venerarla tanto como yo.

Le he pedido a uno de los nativos que lleve este diario a la cabaña, y lo entierre bajo el suelo de madera junto con otros objetos preciados, para que el que esté destinado, si no lo logro, pueda saber la historia.

Seas quien seas, y te nombres como te nombres, ámala, ella se merece cualquier sacrificio.

Te amo, mi Antonieta.

«Ella se merece cualquier sacrificio», repetí mentalmente, y sin necesidad de pensarlo demasiado, supe que era cierto.

—¿Qué harás, muchacho? —preguntó la señora Alfaro.

—Ella se merece cualquier sacrificio —declaré, tan seguro como nunca lo había estado en la vida.

Luego de eso, la señora Alfaro me llevó con un hombre, un nativo de la zona que acostumbraba a pasar a tomar algo a la posada. Yo estaba muy ansioso. No sabía si ese hombre nos creería o, peor aún, si nadie de su tribu sabía cuál era el ritual. Si eso sucedía, estaría acabado... Los dos lo estaríamos. Aunque no tenía duda de que me quedaría a esperar por ella todas las noches, hasta correr con la misma suerte de ese hombre. Alejandro.

El hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, y cuyo nombre era Jonathan, me miró por varios segundos con recelo, luego de que la señora Alfaro le contara someramente la situación. Fue incómodo, sobre todo porque algo me decía que no confiaba en mí. Finalmente, y gracias a la insistencia de ella, el hombre decidió llevarme con él a la reserva, y como esperaba, la buena señora me acompañó.

Nos fuimos en el auto de Jonathan, y al llegar, nos llevó con otros hombres que, al parecer, pertenecían al Concejo. La reserva era un lugar muy curioso y agradable, de casas esparcidas por todos lados; y un poco retirado, se divisaba el mar. Cómo desearía que Antonieta estuviera aquí para compartir este paisaje juntos.

—Hijo, ven. Estos hombres conocen la historia —anunció la señora Alfaro—. Uno de sus antepasados precedió la ceremonia y, efectivamente, el joven murió. Dicen que no era el momento ni el hombre. —Me miró a los ojos con súplica, colocando una mano en mi brazo izquierdo—. Muchacho, ¿estás seguro de esto? Podrías correr con la misma suerte, si no eres el elegido como ellos dicen. Pienso que deberías esperar y...

«¿Esperar?». No tenía nada que esperar. Ella ya había sufrido mucho por culpa de una mujer celosa, y si tenía que morir intentando salvarla, lo haría.

—¿Cómo llegó su cuerpo a la cabaña? —interrumpí. No me interesaba escuchar algo que no

pretendía tomar a consideración.

Ella suspiró tristemente.

—Los jóvenes lo llevaron para que encontraran el cadáver, y le dieran cristiana sepultura según sus costumbres.

—Si no soy el elegido, si muero en el intento, quiero que hagan lo mismo conmigo. —Saqué mi celular del bolsillo del pantalón y se lo entregué—. Aquí está registrado el número de mi madre. Dígale que sufrí un infarto, o un accidente, lo que quiera; y que la amo.

—Pero, hijo...

—Lleven el diario y entiérrenlo en la cabaña. Así alguien más lo encontrará y podrá salvar a Antonieta.

Una gran tristeza se reflejó en el rostro de la amable señora Alfaro. Me había tomado cariño en tan poco tiempo, lo sabía, solo que no había forma de que hiciera lo que ella quería. Al final asintió, y una lágrima rodó por su mejilla.

Los ancianos de la reserva me explicaron los por menores del ritual, que era igual al de aquella vez, según descubrí en el diario. Se haría en lo profundo del bosque, y solo podían asistir los ancianos del Concejo, que eran cinco en total. La señora Alfaro se negó rotundamente en un principio a dejarme solo, y al final accedió a regañadientes. Pobre mujer, la entendía y se lo agradecía, yo podría ser su hijo, y quizás, mañana ella estaría avisando a mi familia sobre mi muerte *accidental*.

Pasé lo que quedaba del día en la reserva. Estaba ansioso, mas no nervioso. Mi único temor era que no funcionara y ella siguiera prisionera. El solo pensarlo me atormenta.

Después de obligarme a comer algo a la hora del almuerzo, me acerqué a la playa y miré el horizonte, el encuentro del mar y el cielo, y elevé una oración como tenía tiempo que no lo hacía. No por mí, porque era increíble cómo mis prioridades habían cambiado en un par de noches; si no por ella, por la salvación de su alma, de su espíritu... Yo no valía nada si no lograba permanecer a su lado.

Me senté en una gran roca a la orilla del mar, y escribí lo más fielmente posible en el diario de Alejandro, todo lo que me había sucedido desde que salí de mi casa hasta ahora... Ahora que me encuentro aquí, mirando el cielo, esperando y rogando...

A lo lejos, escucho la voz de la señora Alfaro llamándome, deben prepararme para el ritual. El sol se está ocultando y la luz es poca, por lo que no puedo seguir escribiendo. Si todo sale bien para los dos, terminaré este relato para que Alejandro lo pueda saber... Por alguna razón, siento que él deseaba que quien lo encontrara, escribiera también su experiencia.

Si muero... quién sea que encuentre este diario, así como el amor en su corazón por mi hermosa Antonieta, que no se detenga ante nada ni ante nadie para salvarla... *Ella se merece cualquier sacrificio*.

Te amo, Antonieta.



DEL DIARIO DE MARTA SALAZAR

El ático de la posada era el lugar que más odiaba visitar. Mi abuela siempre me pedía que subiera por algunos rollos de lana vieja, un empolvado tejido sin terminar, o simplemente los álbumes de fotos familiares que le gustaba ver cuando estaba melancólica, como en ese momento; y era justo lo que estaba buscando: el viejo álbum del matrimonio de ella con mi abuelo. Él murió hace ya unos cinco años, aun así, ella continúa manteniéndolo vivo en su memoria, y quiere que yo haga lo mismo. La entendía, solo que a mis veintitrés años era imposible que se me olvidara, así no me lo recordaran. Viví con él mucho tiempo, y fue el abuelo más maravilloso del mundo, como para llegar a olvidarlo algún día.

Hallé la caja que contenía los álbumes y alumbré con la linterna. Todo estaba lleno de polvo, aunque no tanto como otras cosas que no se sacaban desde hacía varios años. Encontré lo que buscaba fácilmente y al girar para salir de ese lugar tan horrible, antes de que alguna araña decidiera anidar en mi cabello, tropecé con una vieja silla. El golpe me hizo soltar la linterna, que rodó por el suelo.

—¡Maldición! —exclamé, arrodillándome rápidamente para buscarla a tientas, pues con la caída se había apagado.

Luego de que mis manos se llenaron lo suficiente del polvo del suelo, y no quiero saber de qué otras más, la encontré, y golpeándola varias veces con la mano, se encendió. Cuando ya me disponía a ponerme en pie, el haz de luz iluminó una pequeña caja metálica que parecía ser lo más viejo de todas las pertenencias que allí se guardaban. Me llamó la atención, que aunque se notaba que tenía décadas de antigüedad, estaba escondida debajo de una mesa, y mientras todo a su alrededor tenía más cosas puestas encima de forma desorganizada, ella estaba sin nada sobre sí, como si fuese algo tan importante que no se podían arriesgar a dañar. Caminé unos pasos y me agaché para tomarla; no pesaba mucho, pero sí se sentía que no estaba vacía.

Mi curiosidad se acrecentaba a cada instante. Traté de abrirla y a pesar de que me costó trabajo, tanto que pensé que estaba con llave, por fin cedió y levanté la tapa.

—¡Marta! ¿Por qué demoras tanto?

Escuché el grito de mi abuela desde el piso de abajo, y tomando en mis manos la caja, el álbum y la linterna, salí lo antes posible. Bajé las escaleras, ansiosa, pues quería saber qué contenía esa caja tan curiosa.

—¡Abuela, mira lo que encontré! ¿Es tuya? —pregunté, mostrándole la caja una vez que llegué al balcón donde se hallaba en su mecedora. Era ahí donde se sentaba todas las tardes a descansar, mientras mis padres y los empleados, atendían la posada.

Coloqué la caja en la mesita frente a ella, y noté cómo su expresión, relajada hasta el

momento, cambiaba a una de melancolía. Se inclinó hacia adelante, y con la yema de los dedos la acarició con tanta suavidad, que confirmó mi idea original: esa caja era algo casi sagrado. Un suspiro salió de sus labios, y una lágrima rodó por su mejilla. No debí mostrarle mi hallazgo.

—¿Estás bien, abuela? Lo siento, no debí...

—No. —Negó con la cabeza y se recostó de nuevo en su asiento, sonriendo levemente—. Estoy bien, es solo que esta caja me trae muchos recuerdos. Nunca pensé que alguien la encontraría.

—¿Qué contiene, abuela? —pregunté, sentándome frente a ella, dejando el álbum y la linterna ya apagada a un lado, sin perder ni un instante la vista de su rostro.

Siempre que salía de vacaciones de la universidad, venía a pasar la temporada con mi familia, y así aprovechaba el máximo tiempo posible para estar con ella.

—La historia de un amor que traspasó las barreras del tiempo —respondió de forma tan anhelante y misteriosa, que no atiné a pronunciar palabra. A lo que sea que se refería, tenía muchísimo valor sentimental—. Quieres saber, ¿no es así? —preguntó, mirándome comprensivamente sin dejar de sonreír.

Asentí con la cabeza. Ella se inclinó de nuevo, levantó la caja y me la tendió.

—Yo no puedo contarte la historia. No soy quién para atreverme a cambiar una sola palabra. Deja que sea él quien te la cuente, de su propia mano. —Tomé la caja y, poniéndola en mi regazo, intenté abrirla—. No la abras aquí, no es algo para tomarse a la ligera. Ve a tu habitación, y antes que nada, toma el libro que hay dentro; no comiences por el principio, hazlo por donde una pequeña cinta blanca sobresale. Cuando hayas terminado de leerlo, puedes mirar los demás objetos, de otra forma no tendrán sentido alguno.

—No sé si sea correcto que lo lea —susurré, sintiendo que estaba profanando un tesoro: la memoria de alguien.

—Eres mi nieta y confío en que entenderás, y creerás cada palabra que está ahí escrita. Quiero que conozcas esta historia tan dolorosa como hermosa. Solo te pido que abras tu mente, pues todo lo que se narra en estas páginas es cierto, y por ningún motivo debes dejar que tu pensar moderno, se atreva a negar una verdad tan absoluta como esa. Hay escenas íntimas que yo he evitado leer, pero tú ya eres adulta, y no veo nada de malo en que lo hagas. Ahora ve, no es necesario que ayudes hoy en la posada. Sé que necesitarás tiempo para asimilarlo todo; incluso, creo que dejaré a tu madre sola esta noche.

Minutos después me encontraba sentada en mi cama, con las piernas cruzadas y la caja frente a mí. Tomé un respiro hondo y la abrí, sintiendo cómo mi corazón latía frenéticamente.

Lo primero que divisé fue el libro del que mi abuela me había hablado, lo tomé con cuidado pues se veía demasiado viejo. Lo abrí y lo ojeé un poco antes de buscar la cinta por donde debería empezar. Habían dos tipos de letra muy diferentes: la primera era hermosa, bastante elaborada y de trazo fuerte, como escrita por un hombre de algún siglo anterior, con una de esas plumas de ave que

mojaban en tinta; y el segundo tipo de letra, estaba después de la cinta blanca. Era totalmente diferente a la primera: estaba escrita con bolígrafo común, y no solo no era cursiva como la anterior, sino que parecía descuidada y algo acelerada. Sin duda se trataba de algún chico de nuestra época, pues no distaba mucho de las letras de mis compañeros de universidad.

Antes de que me entrara la curiosidad por los demás objetos, cerré la caja, la coloqué a un lado y me recosté en la cama, disponiéndome a leer tan extraño diario.

Nunca imaginé que llegaría a escribir en un diario, y ahora que lo hago, pienso en todas las cosas que mi memoria perdió a través de los años...

—¿Quién mierda está jodi...?! —Las palabras quedaron atascadas en mi garganta, por la visión que se mostraba ante mí.

—Por favor, ven conmigo —continué con más vehemencia—. Si alguien te retiene nos podemos escapar ahora mismo. No quiero que sigas con esta vida. No soporto pensar que te tendrás que entregar a otros. No quiero.

—Así es, hijo, es ella. Es ella cuando aún era humana.

Escuché las palabras de la mujer a mi lado, pero mi mente estaba concentrada en la hermosa joven que me observaba desde el lienzo pintado.

A cada página que pasaba, la lógica me indicaba que solo era el relato de alguien con una imaginación activa, al tiempo que en el fondo me convencía a cada palabra que todo era cierto, que ese chico en realidad había vivido lo que ahí se mencionaba; y más aún, al leer que mi abuela, la señora Alfaro, como él la llamaba, había sido parte de la historia. No recordaba a ese chico, a pesar de haber hablado con él cuando no era más que una niña pequeña, pero sí sabía la historia de la chica, porque en mi infancia se contaba mucho, aunque en esa época creía que se trataba de un fantasma, y luego, como los adultos no hablaron más del tema, al menos frente a mí, lo dejé pasar. Luego me fui con mis padres a la ciudad, y en mi memoria quedó como una leyenda de pueblo. Nunca

imaginé que podría ser verdad. Continué leyendo:

Ella se merece cualquier sacrificio.

Te amo, Antonieta.

Al llegar a ese punto comenzaba el cambio de estilo en la letra. Se notaba que era de la misma persona, pero mucho más cuidada, como si se tratara de la caligrafía de un hombre adulto, y no de un muchacho. Con la curiosidad bullendo en mi interior por saber si el ritual había funcionado, continué leyendo:

Tomado del diario de Alejandro Castellanos y David Martínez.

No estoy seguro de si sucedió de la forma en que contaré ahora, solo sé que así fue como lo sentí, como lo experimenté, como lo recuerdo.

Todo estaba listo para el ritual que se llevaría a cabo, para reunir a un par de amantes, separados por los celos, la envidia, la maldad, y sobre todo, el tiempo. Para reunirme con mi amada Antonieta.

Estaba desnudo, acostado sobre una cama improvisada con grandes hojas de palma, troncos y hojas más pequeñas como relleno. Me encontraba ansioso, aunque totalmente seguro de que hacía lo correcto. No me importaban los resultados respecto a mí, solo esperaba que si moría, al menos ella se salvara, de esa forma sentiría que todo tuvo sentido.

—¿Estás listo, muchacho? —preguntó uno de los ancianos, tocándome el hombro.

Asentí, y levanté la vista hacia el negro cielo, que lograba atisbar entre las copas de los árboles, tenuemente iluminadas por las antorchas colocadas alrededor, formando un semicírculo, con un espacio libre por el que ella debía entrar. Las llamas también servían para calentar mi cuerpo en una noche fría.

—Recuerda que no debes resistirte; en eso consiste el sacrificio.

El anciano se retiró y tomó posición fuera del círculo, junto con los otros señores. Sus voces se alzaron en un cántico que rememoraba épocas pasadas llenas de sufrimiento, años del más intenso dolor, y una esperanza tan anhelada que parecía imposible que no se concretara.

Mi corazón palpitaba frenéticamente. No podía esperar la hora en que volvería a ver a Antonieta de nuevo, y los segundos pasaban en una constante agonía. De repente, un viento frío comenzó a soplar. No era el típico de la zona, que llegaba desde el mar y se

internaba tierra adentro; era uno que me acariciaba el cuerpo, como la mano suave de una amante esperada, que susurraba anhelos prohibidos y lujuria contenida. Ella se acercaba.

Sin poder esperar más, levanté la cabeza y me topé con ella, en la entrada del círculo. Estaba desnuda, tan blanca como la noche anterior, solo que algo había cambiado en ella: unas enormes alas, como las de la imagen en el cuadro de la posada, con lo que parecían ser plumas en tonos rojos, se alzaban victoriosas desde su espalda; una larga cola revoloteaba sensualmente alrededor de sus piernas; pero lo que más me sorprendió, fueron sus ojos rojos como carbones encendidos. Era mi Antonieta, mostrándome su verdadero aspecto.

«—Ella no te reconocerá».

Me había advertido el anciano, y en ese momento lo entendí: mientras que para mí ella era mi mundo; para ella yo solo era una presa más. Así debía ser, y aunque me doliera el corazón, seguiría según lo planeado. Lo haría todo con tal de salvarla.

Sentándome en el lecho, le ofrecí la mano, tal como me habían indicado, invitándola a que se acercara y entregándome a ella a voluntad. Ella avanzó con paso lento, pero decidido, al tiempo que la melodía cambiaba a una de seres lujuriosos y pasiones escondidas. No entendía una sola palabra; sin embargo, las entonaciones y el ritmo me indicaban lo que debía saber.

Una vez a mi lado, me aparté para hacerle campo a ella, porque como debía suceder según su propia naturaleza, ella debía yacer debajo. Se acostó boca arriba, con las alas extendidas, y su larga cola enrollándose por mi pantorrilla izquierda, afianzando la sujeción; para ese momento, ya me posicionaba entre sus piernas, erecto. Ella comenzó a acariciarme hábilmente, como toda una experta, mientras que el corazón me dolía, y mi cuerpo ardía.

Intentando no mirarla a los ojos, me concentré en sus labios, de los que no tardé en apoderarme. A pesar de que eran suaves y esquicitos, no los sentí como debía, como los de ella, mi Antonieta.

Sin más demora, con el corazón destrozado, la esperanza en mi alma y unas lágrimas intentando escapar de mis ojos, la penetré. Un gemido salió de los labios de ambos, y comencé a moverme rítmicamente, al tiempo que sentía cómo ella comenzaba a rodearme con sus alas, y ejercía mayor agarre con la cola: el ritual estaba llegando a su punto cumbre.

Luego de varias embestidas y gemidos entrecortados, por parte de los dos, empecé a sentir cómo la energía era extraída de mi cuerpo, poco a poco.

Debía llegar al clímax, el orgasmo era fundamental, indicando que mi cuerpo la deseaba por encima de cualquier cosa, y juntando todas mis fuerzas, me esforcé por

acelerar los movimientos. Mis caderas se mecían de forma desesperada, al tiempo que el fuego de la pasión se instalaba en mi miembro, que palpitaba anhelante dentro del cuerpo inhumano y frío de mi amada.

No pudiendo aguantar más el cansancio de mi cuerpo, ni el ardor en mi pene, estallé en un fuerte orgasmo, que me hizo convulsionar sobre ella, quien no cesaba de retorcerse y gemir extasiada.

Cuando mis temblores acabaron, me desplomé sobre ella, jadeando entrecortadamente. Aunque un sopor me poseía, noté que ella seguía moviéndose, siguiendo el acto en soledad, y gimiendo a medida que sus alas se cernían más y más sobre mí: estaba absorbiendo todas mis energías, estaba tomando mi vida. No me resistí, estaba entregándome a ella por completo.

Mi corazón comenzó a palpar, cada vez más erráticamente. No sentía dolor, sino como todo a mi alrededor se iba apagando; aun así, mi mirada solo estaba fija en los labios de ella, que aunque emitían gemidos de placer por su propia desgracia, eran iguales a los que recordaba de mi amada Antonieta; a diferencia de sus ojos, que eran dos carbones encendidos, desprovistos de toda humanidad.

Mis párpados se hacían cada vez más pesados, y mi respiración más acompasada. Unos segundos más, y le entregaría mi vida a quien la había llenado de sentido. Los cánticos se hicieron más rápidos y enérgicos, mas para mí, solo eran susurros entonados a la distancia. Todo estaba terminado, ya no había vuelta atrás y yo no la deseaba. Con mi último pensamiento rogué a Dios que la salvara a ella, y con mi último aliento, y sin poder evitarlo, pronuncié dos palabras, mirándola por fin a los ojos:

—Te amo.

Y un corazón entregó su último latido al alma de su amada.

...

...

Los últimos rayos de sol golpearon mi rostro, y parpadeé repetidamente, para poder acostumbrar los ojos a la claridad. El desconcierto inundaba mi mente, y miles de imágenes distorsionadas llegaban a mi cabeza. No entendía qué sucedía, ni porqué me encontraba en ese lugar, solo era consciente del hombre sentado a mi lado, y de algunos murmullos provenientes de los otros asientos del autobús.

Me froté los ojos con la mano, y miré al hombre a mi lado; parecía entretenido observando el televisor que se hallaba en la parte delantera del vehículo. Sabía que no debía estar ahí, que ese no era mi lugar, pero no entendía qué sucedía, hasta que todos los recuerdos volvieron a mi mente, como la lluvia, gota a gota, hasta que me sentí embriagado de repente, por un mar de sentimientos y emociones.

«Antonieta».

El nombre llegó a mí como un gran trueno, retumbando en mi alma y en mi corazón. Sus hermosos ojos azules, sus labios dulces, su cuerpo, su cabello, toda ella y más. La señora Alfaro, el pequeño poblado, los ancianos de la reserva, el diario de Alejandro... Y la angustia comenzó a apoderarse de mí.

—¿Estás bien, chico? —preguntó el hombre junto a mí, con el ceño fruncido.

Lo había alarmado el gemido de dolor que emití, y la forma en como mi cuerpo sudaba y temblaba.

Lo miré con pánico, y abrí la boca un par de veces para hablar, pero la opresión en mi pecho no me lo permitió.

—Muchacho, ¿qué tienes? Estás pálido.

—¿Dó...Dónde estamos? —Logré decir por fin.

—Camino a Nuevo Jardín. Llegaremos en unos quince minutos, máximo.

—No puede ser —susurré. Yo no había subido al autobús, incluso lo vi partir de Purabá.

Pensé que quizás me habían subido a otro vehículo al día siguiente, estando aún dormido, aunque según recordaba había muerto; o quizás solo me había desmayado, luego de decirle a Antonieta que la amaba. Tenía que despejar las dudas lo antes posible, sobre todo, la que más me atormentaba: ¿Qué había sucedido con ella? No obstante, había algo muy extraño, pues ese hombre que me miraba con expresión confundida, era el mismo con el que había partido desde el inicio del viaje, el mismo con el que me había bajado al llegar al pueblo.

—¿Ya destaparon el derrumbe de la carretera? —pregunté, para tratar de hallar algunas respuestas.

—¿Derrumbe? ¿Qué derrumbe?

—El derrumbe por el que tuvimos que desviar a Purabá —expliqué desesperado.

—No ha habido ningún derrumbe, muchacho; tampoco hemos tenido que desviar, y menos a Purabá, eso está muy lejos.

Mi corazón latía desenfrenadamente, algo no andaba bien, y seguía sin saber de ella.

—¿Qué día de la semana es hoy? —pregunté con el pánico bullendo en mi interior, por la respuesta que pudiera recibir.

—Es sábado. ¿Acaso estás ebrio tan temprano?, o ¿tuviste un mal sueño que te enredó los recuerdos? Sí, eso debe ser, porque no hueles a alcohol —afirmó el hombre, recostándose de nuevo en su asiento.

—Sábado —susurré para mí mismo. Eso no tenía ningún sentido; según mis cuentas debía ser martes, pero por lo que ese hombre decía, el tiempo no había pasado, y eso me

enloquecía.

No conforme con la información que recibí, me levanté del asiento, y pasando sobre mi acompañante, corrí a la cabina del conductor, llamando la atención de varios pasajeros. Abrí la puerta que nos separaba, e ignoré la exclamación de sorpresa del conductor y su ayudante.

—Señor, ¿hacia dónde va este autobús? —pregunté impaciente.

—Joven, regrese a su puesto, por favor, esto...

—¿A dónde?! —grité, consiguiendo que el ayudante del conductor me confrontara.

—Mira, chico, cuando compraste el tiquete de autobús, ¿hacia dónde decía que íbamos? —preguntó sarcástico—. Ya casi hemos llegado a Nuevo Jardín. De hecho, si observas adelante podrás ver la estación: solo es cuestión de minutos para llegar a la terminal.

Estaba volviéndome loco. El conductor era el mismo, todo era igual.

—Eso no puede ser. ¡Esto no puede ser! ¿Qué pasó con Purabá? ¿Con el derrumbe? ¡Hable de una maldita vez! —exigí, al tiempo que varias lágrimas comenzaban a escapar de mis ojos, y mi pecho se expandía y contraía con celeridad.

El ayudante del conductor se abalanzó sobre mí, cuando me vio perder el control entre gritos y patadas. Varios hombres se pusieron de pie y ayudaron a contenerme, mientras que el conductor detenía el vehículo en la parada del poblado.

Entre varios me bajaron, y me entregaron a unos oficiales de policía, que se aproximaron al percatarse de todo el alboroto.

Mi mente se había desconectado, y solo una palabra salía de mis labios: Antonieta. Antes de que las esposas se cerraran alrededor de mis muñecas, escuché mi nombre siendo gritado por varias personas. Mis amigos corrían hacia mí con expresiones de confusión y preocupación.

¡David se había salvado!

Una sonrisa se instaló en mi rostro y las lágrimas, que llevaba varios minutos derramando, aumentaron su caudal. ¡Estaba vivo! A pesar de la felicidad de saberlo bien, una opresión en mi pecho me hizo angustiarme de nuevo, y hacerme la misma pregunta que él en ese momento: ¿qué había pasado con Antonieta?

Desperté en la cama de una de las habitaciones de invitados de la casa de los Ruiz. La reconocí, pues no era la primera vez que despertaba entre esas cuatro paredes; casi todas las vacaciones las pasábamos allí, y ese techo verde era el mismo de siempre. Permanecí estático sobre mi espalda, mirando fijamente hacia esa conocida parte de la

arquitectura de la casa y así me quedé, sintiendo un dolor tan profundo en el pecho, que temía que si me movía, mi cuerpo se desmoronaría al instante.

Una lágrima escapó de mi ojo derecho y rodó por la sien hasta la oreja. Ella no estaba conmigo. No sabía si había podido salvarla, no sabía si seguía siendo esclava de esa absurda y despiadada maldición, ni cómo era posible que el tiempo no hubiese pasado en esta aparente realidad; solo de algo no tenía duda alguna: todo sucedió, todo me gritaba que aquello fue en verdad parte de mí, que lo viví en cuerpo y alma. Nadie, nunca, podría convencerme de que había tenido un sueño mientras viajaba, y mucho menos que ella no existía, porque su voz aún resonaba en mis oídos, mis manos todavía tenían la sensación de su hermosa y suave piel, en mi boca aún conservaba el dulce sabor de sus labios, su olor inundaba mi nariz, y mis ojos mantenían grabados en ellos la bella imagen de su presencia. Ella había sido real, solo que de alguna cruel y torturadora manera, no estaba a mi lado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la voz suave de Alicia desde la puerta de la habitación. No pude contestarle, no tenía nada para decirle. Simplemente estaba muerto en vida.

—David, háganos, por favor. Necesitamos saber qué sucedió. —Escuché la voz de Catalina más cerca a la cama.

Suspiré, y con una pizca de indiferencia, negué con la cabeza.

—Es mejor que lo dejemos solo —murmuró Alicia.

—Cuando estés listo para hablar, te estaremos esperando en la terraza —informó Catalina, y las dos abandonaron la habitación.

No supe por cuánto tiempo estuve así, en la misma posición. Quería morir ahí mismo, para ir a encontrarme con ella a donde fuera que estuviera, no importaba en qué lugar, solo la quería en mis brazos.

Minutos u horas después, no estaba seguro, sentí que la puerta de la habitación se abría, y luego de unos susurros ininteligibles y unos suspiros de resignación, se volvía a cerrar.

Tenía que saber de ella, pero no tenía ni la más remota idea de qué hacer. Podía estar en cualquier parte si se había salvado, y si no, debía continuar en...

«¡Purabá!».

¡Qué imbécil había sido! La desesperación, la angustia y el dolor habían bloqueado mi mente, y no fue hasta ese momento, que la respuesta llegó tan clara como el agua: Ella debía estar en Purabá, y si se había liberado de la maldición, al menos los ancianos de la tribu tendrían alguna idea de su paradero. Viajaría a Purabá lo antes posible. Tenía que hacerlo de inmediato.

Me levanté de la cama tan rápido, que casi terminé en el suelo, porque mi cuerpo se

encontraba dolorido y entumecido por el largo tiempo que permanecí acostado. Estaba en ropa interior; mis maletas y la mochila se encontraban junto a la pared del cuarto de baño. Mi ropa del viaje no estaba por ningún lado. Me apresuré a vestirme con lo primero que encontré en la maleta, y guardé unas prendas más en la mochila, así como todo el dinero que tenía, porque no sabía cuánto tiempo me tomaría encontrarla. No regresaría hasta hacerlo, si es que regresaba y no me quedaba a vivir para siempre en esa cabaña, como había hecho Alejandro, esperando por su visita.

Miré hacia la ventana y vi que los rayos del sol eran débiles, aunque no sabía si estaba amaneciendo o anocheciendo. Salí de la habitación y recorrí los pasillos a largas zancadas, hasta que llegué a la terraza donde todos estaban reunidos. Me detuve por un momento cuando posaron sus miradas asombradas sobre mí.

—Debo irme —anuncié.

Comencé a caminar hacia la carretera sin reparar más en ellos. El poblado estaba a unos minutos a pie, por lo que no tardaría mucho en llegar a la terminal.

—¿Cómo que te vas?

—¿Te has vuelto loco?

—¿A dónde vas?

Todos me bombardearon con preguntas que yo ignoraba, mientras continuaba mi camino; hasta que una fuerte mano me tomó por el brazo y me obligó a detenerme.

—¡David, no saldrás de aquí hasta que nos expliques qué te sucedió! —La voz fuerte de Fabián y su férreo agarre, hicieron que me girara, dispuesto a gritarle que me dejara en paz. No estaba para perder el tiempo explicando algo que ellos no iban a entender, y mucho menos a creer.

—¡Déjame en paz, maldi...! —Y la voz se me atoró en la garganta.

Allí, mirándome con curiosidad, estaban los ojos más hermosos que había visto en mi vida. Su piel blanca con apariencia cremosa, que me invitaba a tocarla; el cabello rojo, suelto sobre sus hombros; su cuerpo pequeño cubierto por un vestido blanco de verano; y sus labios levemente entreabiertos, invitándome a besarlos. Allí, con ese aspecto de niña dulce e inocente, con rostro angelical en forma de corazón, estaba ella, mi Antonieta, la razón de todo.

Fabián me hablaba, al igual que los demás... creo, porque sus voces eran solo un murmullo lejano. Me quedé paralizado, mirándola, observando cada centímetro de su cuerpo, que por primera vez tenía aspecto realmente humano, si era que esa hermosa visión divina podía ser catalogada con un adjetivo tan mundano. Ella seguía mirándome. Parpadeaba de momentos, como si tampoco pudiera creer lo que veía. Nuestras miradas estaban atrapadas la una en la otra.

No sé en qué momento dejé caer la mochila, solo supe que ya no sentía su peso sobre mi hombro, y comencé a dar pasos lentos hacia ella, apartando a mis amigos instintivamente. Con cada paso que daba mi corazón latía más fuerte y rápido. Era ella, estaba seguro, y a pesar de eso, parecía no reconocerme, pues sus ojos no reflejaban más que curiosidad por mi extraño comportamiento.

Me coloqué frente a ella y me quedé ahí, mirándola. No me atrevía a tocarla, temiendo que fuera una aparición que pudiese desaparecer en cualquier momento. Los últimos rayos de sol alumbraban su rostro, y hacían brillar su hermosa piel de forma natural y sublime, y yo moría por acariciarla. Su aspecto ya no era el de la mujer arrebatadoramente hermosa de Purabá, sino la de una adolescente cuya belleza era delicada, armoniosa, y yo no la podía haber imaginado más bella. El mundo había desaparecido a mi alrededor, solamente ella quedaba, ahí frente a mí. Sin poder seguir resistiéndome, levanté la mano con temor y veneración al mismo tiempo; acaricié su mejilla, maravillándome de su suavidad, y de la pequeña descarga que sentí atravesar mi mano, y recorrer todo mi cuerpo. Ella cerró los ojos al sentir mi toque, al abrirlos, me miró fijamente a los míos, y una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Siento que te debo algo muy grande, pero no sé qué es —dijo con una voz tan suave y dulce como su presencia misma.

Me fue imposible contener un gemido, y junté mi frente con la suya, necesitando estar tan cerca de ella como me fuese posible.

—No tienes... No tienes nada que agradecerme, porque al salvarte, mi vida cobró sentido.

—¿Salvarme? ¿Salvarme de qué? —preguntó en un susurro.

Negué con la cabeza. Ella no recordaba nada, y ya tendría tiempo para explicarle a qué me refería, sin abrumentarla con una historia tan extraña y trágica en comienzo como la suya. Sin embargo, había algo que necesitaba hacer.

—Sálvame tú de la angustia de no tener tus labios, te lo suplico —rogué en un jadeo de añoranza.

Ella separó su rostro y me miró fijamente, explorando frenéticamente mis ojos. Sus mejillas estaban sonrojadas, y sus labios temblaban levemente.

—Yo...Yo nunca he...

Y sabiendo cómo terminaba esa frase que llenó de gozo mi corazón, la atraje hacia mí y la besé con todo el amor que tenía para darle. Sentí cómo el mundo cobraba su alegría de nuevo, cómo a pesar de ser de noche, el cielo de mi alma se iluminaba con su sola presencia, y me encargaría de que la noche jamás se volviera a cernir sobre nosotros.

Cuando ya el aire comenzó a faltarnos, me separé renuentemente de ella, dejando

nuestras frentes juntas, al tiempo que nuestros pechos subían y bajaban agitadamente. De repente, sentí cómo era apartado de ella con brusquedad, y al no esperarme el empujón, caí al suelo, desconcertado. Un chico de unos trece años me miraba con el ceño fruncido y los puños firmemente cerrados, al tiempo que mi amor lo hacía con diversión.

—¡Quita tus manos de mi hermana! —gritó el joven, pateando el suelo, levantando tierra y bañándome con ella.

—Pero ¿qué...?

—Manuel, no seas grosero —exigió ella sin una pizca de convicción en su voz. Me miró y su hermosa sonrisa, entre apenada y divertida, me cautivó aún más—. Discúlpalo. Es algo celoso y sobreprotector en lo que se refiere a mí.

Me levanté y miré al ~~mæosø~~ chico con el ceño fruncido, advirtiéndole que no se metiera conmigo. Ella era mía, y él no me iba a impedir estar a su lado.

Después de eso tuve que decir que había tenido una pesadilla, y por ello actué de esa forma tan extraña. También me cuestionaron sobre por qué había besado a Ann si no la conocía; y así se llamaba, Antonieta, solo que ella lo odiaba sin razón aparente, y prefería el «Ann» que se había ingeniado cuando niña. Yo dije que no pude evitarlo, y ella se sonrojó, bajando la cabeza, al tiempo que me ganaba una mirada de odio de su hermano. Me enteré también que eran huérfanos, y que habían llegado desde Barranca la noche anterior, para vivir con sus tíos a los que no conocían; pues por problemas familiares, los dos hermanos se habían distanciado hacía muchísimos años, y ahora recibía a sus sobrinos con los brazos abiertos, al no tener más parientes cercanos. La pareja, cuyos hijos ya estaban en la universidad, eran grandes amigos de los Ruiz; y para que Ann y su hermano se relacionaran con jóvenes de la zona, los enviaron de visita a la casa. Por eso se encontraba ella ahí, porque así debía ser, tal como en Purabá, tal como estamos ahora. Juntos.

Aquí la tengo abrazada a mí. Estamos en la posada de la señora Alfaro, en una de las habitaciones que muy amablemente nos cedió, para poder terminar de escribir esta historia. Nos iremos en unas horas. Sus tíos no le permitirían pasar la noche fuera de casa, y menos conmigo, después de las referencias que Manuel había dado de mí, además de que ella no se siente cómoda en este pueblo. Dice que se siente infeliz, y que desea irse cuanto antes; quiere estar lo más alejada posible y no volver jamás. Ya sabe la verdad, le mostré el diario en el que ahora escribo, y con los testimonios de la señora Alfaro, los habitantes del pueblo —que se pusieron eufóricos al escuchar la historia de esos tres días y verla liberada—, y los ancianos; además, de que me dice que en su alma y en su corazón siente que me conoce, y más aún, que me pertenece desde siempre. Tiene conocimiento de todo lo sucedido, incluso de lo que yo habría preferido que no se enterara.

Eso ya no importa, ella ahora es otra, ese pasado quedó atrás, y volvió a ser la

joven inocente de la que Alejandro se enamoró, y seguirá así hasta el día de nuestra boda. Aunque el deseo de tenerla en mis brazos y hacerle el amor me atormentan día y noche, también siento la imperiosa necesidad de terminar lo que Alejandro comenzó, y de cumplir su deseo de hacerla su esposa, y en la noche de bodas hacerla suya, solo que ahora seré yo quien lo haga, y ella así lo ha aceptado.

Los ancianos nos explicaron que yo logré salvarnos a los dos al decir las palabras: Te Amo. Alejandro no lo hizo, temeroso de incumplir las reglas, seguramente. Pero al entregarme a ella en cuerpo, por medio del orgasmo; en alma, con la oración para salvarla; y con las palabras que pronuncié, incluso cuando eran mis últimos momentos, fue una entrega total, y por eso el ciclo se completó y el sacrificio fue sin restricciones. Dando mi vida por ella no solo salvé la suya, sino la mía, consagrando nuestras almas en una sola. También nos explicaron que al parecer, no toda su alma había sido condenada al sufrimiento que padeció por tanto tiempo, sino que su parte más pura —sabiendo al parecer que el momento estaba cerca—, reencarnó en una bebé que estaba destinada a encontrarse con el hombre que se sacrificaría por ella, y al liberar su otra parte de la maldición, esa se reuniría con la que habitaba el hermoso cuerpo que tengo junto a mí, para formar una sola, y así tener por fin paz eterna.

El porqué el tiempo retrocedió y yo desperté el mismo sábado en que emprendí el viaje, no lo saben. La señora Alfaro también siente que vivió todo conmigo, solo ella y nadie más en el pueblo. No tenemos explicación alguna para ello, solo sucedió; y los directos implicados, como la buena señora, los ancianos del Concejo y yo, somos los únicos que podemos recordar.

Aquí estamos, ella sonrío a mis espaldas, ya leyó todo el diario y sabe lo que hicimos juntos... ~~ya no es tan inocente después de todo~~. En ciertos momentos me da besos en el cuello, que no entiende que me enloquecen. La amo tanto, que no puedo explicarlo con palabras, y mi único deseo es hacerla feliz como se merece, hacerla sentir amada y deseada de una forma tierna y pasional...

Ya es hora de que partamos, la tarde está llegando a su fin, y Ann está ansiosa por salir de este pueblo, al igual que yo. No volveremos nunca. Lo único que nos ata aquí es la señora Alfaro, y ella ha prometido visitarnos. Yo he decidido viajar todos los fines de semana a donde se ubica la casa de los Ruiz, para ver a mi amor; y ella irá a la misma universidad que yo, dentro de un año, cuando termine la escuela y nos casemos, para así vivir juntos por fin. La caja con todo su contenido la dejo aquí: ni Ann ni yo queremos recuerdos de lo sucedido. Comenzaremos una nueva vida, en la que solo seremos ella y yo, amándonos a cada momento, aprovechando cada instante que se nos regale; no importa si habrá problemas en el futuro, ni de dónde vendrán, porque sabremos sortearlos y vencerlos

juntos, con nuestro amor siempre latente.

Ella es mía, y yo le pertenezco, así ha sido siempre, y así será por siempre, incluso más allá de la muerte, nos perteneceremos.

David Alejandro Martínez Castellanos, en compañía de mi hermosa Ann Rodríguez Miranda.

Cerré el diario y me quedé con él en el pecho, tratando de asimilar todo lo que había leído, totalmente abrumada. Estuve así por un par de horas, hasta que por fin miré por la ventana y noté que ya había oscurecido. Debía revisar las otras cosas en la caja.

Abrí la tapa de nuevo, y en ella encontré un pequeño retrato muy antiguo, de una hermosa joven con un vestido anticuado, y el pedacito de encaje que se nombraba en el diario. Con todo el respeto que una historia como esa merecía, guardé todo en la caja y la cerré. Me levanté de la cama y me dirigí a la terraza, donde supuse todavía se encontraba mi abuela. Ahí estaba. Me miró y una sonrisa se posó en sus labios, al tiempo que abría los brazos para recibirme. Me lancé sobre ella y lloré por varios minutos, pensando en todo lo que tuvieron que pasar esas dos almas para ser felices, para encontrarse por fin.

Cuando me calmé, le entregué la caja.

—¿Los has visto de nuevo? —pregunté.

—Muchas veces, cada vez que puedo.

—¿Son felices, abuela?

—Sí, hija —respondió, sonriendo con alegría—. Son muy felices, como siempre debió ser. Ella ahora es escritora, y publicó unos libros bajo otro nombre, con una historia sobre la reencarnación, que aunque no es igual a la de ellos, se basa en encontrarse en otras vidas, y estar juntos para siempre, tal como les sucedió a los dos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que pasó todo esto? ¿Desde que están juntos?

Mi abuela suspiró y miró al cielo, que se encontraba despejado por completo, con algunas estrellas brillando en todo su esplendor.

—Veinte años, mi niña, veinte largos y dichosos años.

Suspiré, alegre por ellos, y sintiéndome más romántica que nunca. Caí entonces en cuenta de que había leído hacía poco unos libros, una trilogía sobre la reencarnación, en la que mostraban que el amor todo lo podía, y aunque los obstáculos se presentaban por doquier, las almas destinadas a encontrarse lo hacían, fuese en esta vida o en las venideras; así debía ser, pues así estaba escrito; y esta historia me lo confirma al ser verdad, no solo la imaginación de alguien, sino la realidad de dos seres que tuvieron que esperar siglos para encontrarse, para estar juntos por fin; no para pertenecerse, porque ellos ya lo hacían desde siempre. Estoy segura que David llevaba dentro de sí el alma de Alejandro, e indudablemente, él también lo pensará así, por eso ahora están juntos, y siempre

lo estarán, no importa el tiempo que pase.

«¿Será posible que Antonieta, Ann, sea la autora de esa trilogía? ¿La autora de la historia de Christopher y Elizabeth?», se me vino a la mente ese pensamiento y me emocioné, decidida a averiguar si se trataba de la misma persona, pues nunca había visto una foto de la escritora.

Me levanté del asiento y caminé hacia las escaleras.

—¿A dónde vas, Marta? —preguntó mi abuela.

—A atender a los clientes, abuela. Quizás yo también consiga a mi alma gemela en este pueblo.

Ambas soltamos una risita, y bajé las escaleras para ir a ayudar a mi madre, quien nunca ha sido buena atendiendo personas. De pronto, recordé el cuadro que se mencionaba en el relato. Nunca había reparado en los que se hallaban colgados por la posada, así que corrí a la zona donde decía que estaba, y al llegar ahí me sorprendí de lo que encontré: una fotografía de una hermosa pareja, acompañados por dos niños igual de bellos, con una bonita casa de fondo y un perro labrador, babeando distraído. Me detuve analizando los rostros, y en el de la mujer reconocí a la joven del pequeño retrato antiguo, ahora con unos años más de edad. Eran ellos, felices como debía ser. Por siempre.

Suspiré y mi corazón se llenó de gozo.

“El verdadero amor es como los espíritus: todos hablan de ellos, pero pocos los han visto”, citó alguna vez un escritor francés; y yo, a mi corta edad, había podido leerlo de la mano de sus protagonistas; uno de esos casos, al menos, porque no tengo duda de que por ahí se esconden historias tan impresionantes y surreales, que muchos no se atreven a compartirlo, o no tienen la oportunidad de descubrirlo como yo. Ahora estoy segura de que no es difícil encontrarlo, solo hay que tener paciencia, porque él es sabio, y llega no cuando lo queremos, sino cuando realmente lo necesitamos.

Di media vuelta para seguir con mi vida, esperando con paciencia mi momento. Ahora no tenía duda de que llegaría.

ELLA SE MERECE CUALQUIER SACRIFICIO

Antonietta

MARTINA BENNET

D.J.57





AGRADECIMIENTOS

Nos vemos de nuevo, Raros que leen los agradecimientos de los libros. Tanto tiempo sin leernos.

Como esta novela corta (ya los veo diciendo: ¿corta?, será cortica) la escribí hace mucho tiempo, los agradecimientos van para las mismas personas. Mi gran jefa de toda la vida, Sharon, y su maravilloso grupo. Mis locas favoritas, Diana, Flor y Mely (estoy perdida, lo sé). Mis lectoras de aquellos tiempos, que seguramente encontraron la historia diferente, y eso se debe a Marisa Maverick, que como lectora cero, me animó a realizar algunos cambios, y a agregar escenas que estoy muy feliz de verlas plasmadas (ella es escritora, como creo que ya les dije. Busquen Los Wadlow en Amazon y no se van a arrepentir. ¡Se van a enamorar!). Mil gracias también a China Yanli, ya lo saben, sus portadas son preciosas, así como las maquetaciones; juzguen ustedes mismos su hermoso trabajo, así como a Cecilia Pérez por abrirme las puertas. A Marta Salazar, mi editora y amiga del alma, a quien va dedicada esta historia, porque llegan personas que te cambian la vida, y ella me la cambió a mí, con su amistad y enseñanzas. A Ginnys Pineda, que a pesar de ser la peor amiga con ella, ahí está siempre (no la merezco, lo juro).

Y en otro párrafo, a Dios y a la Virgen de Fátima, que muchos de ustedes saben que no soy católica pero sí muy creyente; y no puedo negar que todo esto es gracias a ellos.

Espero que no se me olvide alguien, porque me muero; pero pues, la memoria no es lo mío.

Hasta pronto, Raros que leen los agradecimientos de los libros (tenemos que crear una sigla... RQLLADLL... No... eso ni siquiera se puede pronunciar. Les prometo que para la próxima se me ocurrirá algo). Besos y abrazos.

EXTRAS

¿Te atreves a descubrir la historia en la que la obsesión no conoce límites?

Trilogía NATURALEZA DE UNA OBSESIÓN

(Disponible en [Amazon](#))



Martina Bennet

www.martinabennet.com